
CONVERTIRSE EN DISCÍPULO

Marcel Légaut

I. Cristianos de creencias y discípulos de fe.- La misión de la Iglesia no sólo consiste en hacer a sus miembros cristianos de creencias.- La Iglesia no cumplirá su misión en el Mundo si los cristianos no se convierten en discípulos.

II. El conocimiento del otro crece con el conocimiento de sí.- Estrechos límites entre los que se desarrolla el destino de un hombre.- Nada ni nadie puede aportar lo que la presencia del otro.

III. Para poder entrever quién fue Jesús, hay que unir el conocimiento profundo de los Evangelios y el conocimiento espiritual que da una vida fiel.- Esbozo –siempre a repensar– de la vida de Jesús.- El ser humano, a través de su visión de la vida de Jesús, se levanta al nivel de la fe, más allá de toda creencia.- Esta fe, en el tiempo de su vigor, libera del tiempo y del espacio.

IV. Todo cristiano está llamado a convertirse en discípulo.- No basta con ser «cristiano de Iglesia»; hay que ser discípulo para contribuir a que la Iglesia viva.- El misterio alimenta espiritualmente sólo cuando es impugnado y combatido.

V. Causas de la falta de fe en los cristianos de creencias.- Para convertirse en discípulo hay que alcanzar una vigorosa independencia.- Una visión realista de la grave crisis actual de la Iglesia puede ayudar a la conversión del cristiano.

I

Cristianos de creencias y discípulos de fe

La Iglesia es demasiado débil espiritualmente para desempeñar cumplidamente su misión. Frente a las naciones de su tiempo, suele verse arrastrada a copiar su forma de ser; muchos cristianos se imagi-

nan que orientan los movimientos ideológicos de su época cuando, en realidad, son remolcados por ellos... Esa debilidad se debe a que, por lo general, Jesús no es ni amado ni venerado como lo fue por los primeros discípulos, dejando aparte el fervor que en aquel tiempo suscitaba la elaboración de la doctrina y el clima muy singular que imponía la espera de la inminente parusía. Todavía ahora, a Jesús no se le conoce ni comprende en su originalidad fundamental, tal como debería ser tras la experiencia de veinte siglos de cristianismo y el conocimiento que hoy poseemos del Mundo y del ser humano. Jesús sólo es adorado como Dios a través del filtro coloreado de una cristología, vasta cosmogonía que da sentido y finalidad a la creación entera.

Incluso se puede afirmar que, cuando los cristianos se adhieren con piedad a las enseñanzas de la Iglesia, por lo general no están en búsqueda continua ni para «ver» mejor a Jesús ni para comprender con mayor hondura lo que alcanzó en el nivel de lo universal a lo largo de su vida y lo que su existencia humana implicó, secreta y potencialmente, para el porvenir de los seres humanos. Los cristianos no están como habitados por su presencia invisible y activa. No se concentran en su recuerdo; un recuerdo que debería estar siempre despierto y en búsqueda, incluso cuando no es consciente, yendo de descubrimiento en descubrimiento en las horas de luz; percepciones recibidas, conseguidas, concretadas, a partir de lo que uno es en sí mismo; creadas gracias a una comunión con Él muy singular, tanto por su profundidad humana como por su carácter absoluto; comunión totalmente distinta de una adhesión afectiva o intelectual.

La cristología oficial dirige la conducta de los cristianos en el nivel que éstos llaman «religión». sin embargo, Cristo sigue siendo para ellos, con excesiva exclusividad, el Creador, la segunda persona de la Trinidad, el Redentor, el Resucitado; títulos que no son más que conceptos impregnados de afectividad; definidos y ordenados por una doctrina a la que, de ordinario, se contentan con adherir. De esta forma, los cristianos creen erróneamente vivir de la fe de los primeros discípulos al afirmarla y reafirmarla incesantemente, en toda oca-

sión. Tales concepciones les llevan a experimentar, ante el Cristo, no otra cosa sino aquellas impresiones que espontáneamente suscita lo Sagrado y que cultivan todas las religiones; en Jesús, ven más al Dios imaginado según las evidencias y construcciones de su universo mental, que al hombre en su plenitud humana capaz de eternidad: única y verdadera aproximación íntima de Dios que les es posible. Jesús no es, para ellos, el hombre que hace veinte siglos vivió con algunos discípulos una epopeya espiritual tan extraordinaria que, hasta nuestros días, el Mundo sigue siendo interpelado por ella, a pesar de su inconsciencia y pesantez, a pesar de sus obstrucciones y continuas turbulencias, en medio de su desorden y tinieblas. Aunque la historicidad de Jesús se afirme enérgicamente, no se afirma para hacerlo real y presente –salvando, en la medida de lo posible, las distancias que lo «separan»–, sino para dar, tan sólo, una base objetiva a una doctrina cuya clave de bóveda es el Cristo.

Las relaciones así concebidas y mantenidas con el Verbo de Dios, con Cristo resucitado, consecuencias de la doctrina, aunque se cultiven con fuerza, pertenecen a un orden totalmente distinto al de los vínculos de amor con alguien al que se ha conocido en profundidad y al que no se cansa uno de descubrir, de quien uno ha recibido mucho y nunca cesa de seguir recibiendo y sin el cual «uno se sentiría huérfano». Mejor aún, esas relaciones son como los vínculos con alguien que da sentido a la vida de uno; alguien que está en el centro del propio vivir y, sin el cual, una vez hallado, uno se derrumbaría: sin él, uno ya no podría pasar su tiempo en la inconsciencia del vivir día a día dejándose absorber por las tareas profesionales o políticas, a pesar de su interés o de su urgencia incluso.

Esas relaciones con Jesús, de origen personal y de ningún modo consecuencia de una doctrina, surgen, sí, de la necesidad que tiene el ser humano de comunicar con otro para crecer en sí mismo, pero también de la capacidad y del deseo de absoluto que, conscientes o no, son, en él, el sello y la llamada de Dios. La mayoría de los fieles carecen de esas relaciones. En consecuencia, aunque su talante sea religioso, se ven reducidos a conocer del cristianismo tan sólo la for-

mulación de las creencias y la obediencia de las leyes, en una atmósfera de abstractas convicciones, acompañadas, a veces, de efusiones cultivadas por el esplendor litúrgico y el lirismo de los sermones. En tales condiciones, la vida interior de esos creyentes se ve limitada a estructurarse y enfervorizarse mediante una doctrina que «personaliza» lo divino. A esta vida interior, ni la enriquecen las profundidades humanas ni la sobreeleva la comprensión íntima de lo vivido por Jesús. Esta vida interior no concierne a la fe más que indirectamente, en la medida en que, en cada uno, en la totalidad de lo que él es, hunde implícitamente sus raíces. Una religión así no surge de un camino considerado como algo decisivamente importante. Raramente conduce a él además. La mayoría de las veces, al sustituirlo, suele ahorrarlo. Esa religión no se desarrolla con el movimiento que hace avanzar al ser humano por el camino del Ser.

En cambio, una real comprensión del cristianismo implica necesariamente una búsqueda y un camino únicos, particulares, complejos, discurriendo a través de indiscernibles meandros e indescifrables ambigüedades. Esa búsqueda y ese camino interesan y conciernen a la totalidad del ser y exigen una incondicional consagración. Recorridos a lo largo de la vida, sin prisa pero sin pausa, siempre nuevos, impuestos e iluminados por la experiencia cotidiana, permiten vislumbrar progresivamente a Jesús en su existencia humana, al igual que lo entrevieron, en lo esencial, sus discípulos.

En los límites de las posibilidades de cada uno, en el interior de su propio universo mental, esta búsqueda y este camino convierten a Jesús en alguien cotidianamente vivido como presente al espíritu y al corazón. Esa presencia, aunque recibida, es más íntima que lo que uno puede alcanzar de sí mismo por su propia iniciativa. Aunque acogida, es como intrínseca y connatural. Revela el hombre a sí mismo. Hace que de él mane el querer, sin forzar en absoluto la voluntad. Despierta en él el espíritu, sin restringirlo a los límites de una doctrina. A cambio, gracias a esta actualización de las potencialidades humanas, incrementa el vigor de la fe del cristiano: de simple adepto de una religión, se convierte en discípulo.

Cultivar el pensamiento de Cristo y vivir de alguna manera de su presencia, por la adhesión a la doctrina que le señala como Creador y Redentor del Mundo, por más beneficioso que sea, es, sin embargo, radicalmente insuficiente. No obstante, una piedad así es aún relativamente frecuente entre los mejores: enlaza bien con las necesidades del espíritu y del corazón del ser humano, espontáneamente religioso y preformado, además, por una larga tradición. Permite al creyente no sentirse como perdido e inerte ante un mundo extraño y hostil. El advenimiento del Reino, muy cercano y ya en camino, hace que el Cosmos se convierta en algo, en cierto sentido, fraternal, que se pone al servicio del hombre...

No obstante, aunque la adhesión a la doctrina sea un ejercicio de docilidad a la Iglesia, incluso cuando es sistemática y enérgica, la manera de vivirla brota, más bien, de lo recibido de su medio, y no tanto de una verdadera iniciativa por su parte. A menudo suele darse bajo el peso del conformismo, por una especie de impregnación. Por ello, aunque esa doctrina fuera una aproximación adecuada al misterio de Jesús, no se injertaría en el ser fundamentalmente de esos cristianos: ser que ellos mismos captan con singular claridad cuando, confrontados con las preguntas esenciales, cara a cara con su destino, desnudos en su soledad básica, acceden a sí mismos y se entrevén en su existencia, por debajo de lo que es de origen extrínseco, más allá de lo conocido objetivamente y cara a lo real, captado globalmente con todo lo que implica de contingente y movedizo.

Por lo mismo, la idea que estos cristianos se hacen de la presencia y de la acción en ellos del Resucitado es más sistemáticamente pensada que realmente vivida: tanto la presencia como la acción del Resucitado en ellos se afirman más de lo que, realmente, nacen y están en ellos al tiempo que ellos nacen y son a partir de ellas. Raramente esa idea de una presencia y de una acción es fuente renovadora de luz y de fuerza de modo que se robustezcan en ellos esa misma presencia y acción. Esta idea, al no estar encarnada en ellos, al no estar arraigada e incorporada en su propia substancia ni ser nutrida con su savia, sino haber sido sólo «trabajosamente» obtenida, no

posee la fecundidad de las obras de la fe, creadas bajo la moción de Dios. Esta idea, de ordinario, no posee siquiera el poder de una idea-fuerza, fuera de cuando se la impugna como doctrina, ya que, entonces, a través de esta impugnación, el cristiano siente que se ataca «su» seguridad, «su» certidumbre, su «personaje», y también «su» Iglesia. Entonces, defiende la doctrina «en nombre de la verdad», que, en tales condiciones, es más un estandarte desplegado para el combate que la «perla preciosa» hallada en el campo, por la que todo se vende y se sacrifica.

Por otra parte, es habitual insistir tanto en el carácter voluntarista de ese pensamiento vinculado al Cristo como en el carácter puro y esencialmente sobrenatural de la presencia y de la acción del Resucitado en el hombre. De este modo, se justifica la ausencia de toda actividad de recuerdo referida a la vida humana de Jesús. Esa actividad del recuerdo infunde sospechas, pues se piensa que es una simple regresión al pasado, más o menos nostálgica, más o menos romántica, y, expresamente, se juzga que no es más que el resultado de una subjetividad aleatoria y transitoria... Mientras que, por el contrario, esta actividad del recuerdo, ¿no tendría que ser el alimento normal del pensamiento de Jesús, su arrimo, el fruto y el signo necesario de su presencia y de su acción?

Cuando los cristianos hablan de la presencia y de la acción de Cristo Resucitado en ellos, suelen usar un lenguaje convencional, extrañamente divorciado de la realidad y, además, engañoso; de hecho, es así como se manifiesta, casi imperceptiblemente, por algunas notas en falso, involuntariamente acentuadas un poco más allá de lo debido, inconscientemente sostenidas con exceso...

*La misión de la Iglesia no sólo consiste en hacer
a sus miembros cristianos de creencias*

En las religiones donde las condiciones sociológicas favorecen una vida religiosa colectiva, la mediocridad espiritual es un fenómeno generalizado. Esa mediocridad se da incluso en los cristianos que,

obedientes a los preceptos de la Iglesia, participan celosamente en actividades parroquiales. ¿No habrá que pensar que esta mediocridad no se debe sólo a la infidelidad, a la debilidad y a la impotencia individuales sino que se debe también, incluso principalmente, a la forma doctrinal y moralizante –mucho más que espiritual– de presentar la religión; a la forma de invitar al pueblo cristiano a vivir exclusivamente de sumisión y docilidad?

La Iglesia apunta más al conocimiento de la doctrina y al respeto de la ley que al ahondamiento humano, imprescindible al cristiano si quiere alcanzar el sentido de su vida y el ejercicio de su libertad, sin los que las potencialidades humanas no se podrían actualizar ni tampoco el hombre podría aproximarse a Jesús y a Dios por la fe.

En todo tiempo, la autoridad religiosa, confrontada con la realidad de su gobierno y apostolado entre los hombres tal como son, pensó que el ideal de regularidad, propuesto y sostenido por una enseñanza machaconamente repetida, bastaba para llevar a cabo su misión. Pensó que pedir más a los cristianos era caer en la utopía, en una especie de «evangelismo» que no tenía en cuenta la mediocridad y las limitadas posibilidades del hombre común, no elegido por ninguna llamada divina. Creyó que, para que fuesen «sanos y salvos», les bastaba apropiarse, mediante los sacramentos, de los «méritos infinitos de Cristo».

De hecho, mientras la Iglesia dispuso de medios –políticos u otros–, este cristianismo de masa y de disciplina edificó una civilización y logró contener, hasta cierto punto, la barbarie siempre latente en el ser humano. Pero, como sucede con toda ley impuesta para establecer un orden social por la fuerza de la autoridad y la presión de lo uniforme, ni la enseñanza ni el gobierno de la Iglesia guiaron al cristiano a cultivar lo que era en potencia y a hacerse así más humano. Al contrario, la enseñanza y el gobierno de la Iglesia tendieron a depreciar y, en general, a sospechar de lo humano. La causa fue una visión pesimista, que, por lo demás, es fácil de justificar en la medida

en que se tiene un conocimiento de los hombres al margen y separado de relaciones personales reales y profundas.

La enseñanza y el gobierno de la Iglesia sólo lograron establecer y mantener al cristiano en el relativo civismo indispensable para la vida social de un medio más teísta que evangélico, en definitiva. Ni le ayudaron a alcanzar una verdadera talla adulta ni le permitieron ejercitar su capacidad creadora, sin la que la vida espiritual se paraliza rápidamente. Sea cual sea la elevación de la doctrina que afirma el valor sobrenatural de la práctica religiosa, ésta, en tales condiciones, se ve condenada, invencible e insensiblemente, a reducirse a una simple rutina que, por más virtuosa y edificante que sea, se muestra incapaz de adecuarse a la evolución y a la emergencia de las necesidades y de las posibilidades del creyente, a lo largo de su vida. Así fue como la Iglesia de ayer, por su manera de enseñar y de gobernar y por la seguridad y aplomo que proporcionaba a sus miembros, les distrajo y dispensó del trabajo interior que les habría capacitado para ser más auténticamente ellos mismos y, por consiguiente, cristianos de mayor hondura.

Por lo general, apenas hubiera podido ser de otra forma, dadas las condiciones sociológicas del pasado, que limitaban, más que en la actualidad, los horizontes. Pero los tiempos han cambiado y la experiencia de los siglos ha de servir a la invención del porvenir. Sería imperdonable no tenerlo en cuenta. Obrar así significaría la decadencia definitiva de la Iglesia.

Tanto la creciente secularización del mundo bajo la acción de los progresos acelerados de la ciencia y de la técnica, como las condiciones psicológicas y sociológicas totalmente nuevas que son su consecuencia, constriñen a la Iglesia a ser más exacta y cabalmente fiel a su misión en lo que tiene de original y singular, si no quiere convertirse en la sal que se vuelve sosa y se ha de desechar.

Tales condiciones obligan a entrar en una comprensión y en una visión más profunda y más exigente no sólo de lo que fundamentalmente es y debería ser la Iglesia sino, además, del modo original y per-

sonal como sus miembros han de participar en su vida y en su acción en el Mundo.

Las condiciones actuales hacen que la decisión de hacerse cristiano esté más preñada de consecuencias y, por ende, sea más difícil; y tanto más cuanto que, ahora, a primera vista, sólo se conocen de la Iglesia su rostro y su papel de «Cristiandad», inadecuados ya para las necesidades de su misión. En nuestros días, para poder permanecer unido a ella, hay que ser capaz de soportar –durante una espera que puede durar tanto como la vida– su gobierno pesadamente paralizado tanto por prácticas que la Autoridad sacraliza como por quejas que encubre bajo capa de virtud.

En lo sucesivo, vivir como cristiano exigirá una profundidad humana que no se requería antes para ser considerado un practicante. Por lo mismo, muchos de los mejores y más hondos creyentes abandonan la Iglesia. En los tiempos actuales, hay que creer en ella con una fe que ha de estar fuertemente sostenida por una fe en Jesús propia de un discípulo capaz de «esperar contra toda esperanza»; si no, imposible serle fiel con la necesaria tenacidad.

El cristianismo de linaje y de tradición, practicado en régimen de cristiandad, no preparó a los creyentes, ni siquiera a los más fervientes, a la madurez espiritual requerida para estar a la altura de su deber hacia la Iglesia. No obstante, siempre hubo, en todas las épocas, quienes se convirtieron en discípulos, sobre todo gracias a sus recursos espirituales. Entre ellos, algunos se vieron conducidos paulatinamente a descubrir y comprender cuál tenía que ser la misión de la Iglesia de su tiempo. No huyeron ante esa exigente lucidez y, en cambio, rehusaron conformarse con la manera oficial, inspirada menos por el espíritu del Evangelio que por el aplomo y el ejercicio del poder de la institución. No quisieron ni aprobar ni aceptar ni ocultar con su silencio una conducta que rozaría la traición si no fuera consecuencia de una ignorancia involuntaria –pero grave– del espíritu esencial del cristianismo; insuficiencia de sentido espiritual, inconsciente, casi cró-

nica, pero que acabaría por ser mortal si, sin cesar, no hubiera cristianos que se alzasen para remediarla.

Sin embargo, la Iglesia, sobre todo en tiempos recientes, al sentirse amenazada en su forma de concebirse, por el influjo de los nuevos conocimientos y por la presión de las modernas sociedades, no supo reconocer la acción de Dios en esos creyentes, más allá de sus inevitables errores y debilidades. No creyó en su fidelidad y rehusó su lucidez. No acogió la llamada de Dios que representaban para ella. Y, en su gran mayoría, fueron perseguidos, condenados a la inactividad, cuando no expulsados.

El resultado fue que, en nuestros días, se han producido unos enormes desconciertos cuyo fin aún no se alcanza a ver: por una parte, están los excesos del conservadurismo de algunos, que los llevan a olvidar el espíritu fundamental del mensaje y de la vida de Jesús y a que, en cambio, favorezcan una concepción teocrática de la Iglesia, que procede, en tanto que menos espiritual que despótica, del antiguo judaísmo y del juridicismo latino; y, por otra parte, están tanto la relajación como el abandono e incluso la apostasía de quienes, ofreciendo holocaustos a ideologías como la marxista, la freudiana o las nuevas formas de cientismo y de «politicismo» de su generación, convierten a éstas en nuevas religiones.

*La Iglesia no realizará su misión en el Mundo
si los cristianos no se convierten en discípulos*

La crisis actual de la Iglesia resquebraja sus cimientos como ninguna otra en el pasado. Esta gravedad, considerable en sí misma, alcanza su grado máximo por la forma como la mayoría de los cristianos vive su religión. Sin embargo, esta grave deficiencia, que ahora se descubre en muchos fieles considerados normalmente como cumplidores del ideal ordinario del cristiano –laico o clérigo–, existe desde hace mucho tiempo, desde los orígenes de la Iglesia. Esa deficiencia, antaño indiscernible, ocultada por la observancia casi general de usos y costumbres sacralizados a fuerza de inmutabilidad a través

de los siglos, se manifiesta con plena evidencia porque, en los últimos decenios, el mundo ha cambiado más que en los dos mil años de la era cristiana.

Este cambio pone de relieve la importancia de la conversión exigida hoy a los cristianos, tanto para que puedan contribuir a la mutación necesaria de la Iglesia como, sobre todo, para que sean capaces de aceptar para sí una transformación tan total. Por lo que a la Iglesia se refiere, se trata de un segundo nacimiento, digno del primero. Por expresarlo mejor, se trata de un nacimiento digno de la comunión que Jesús vivió con los suyos. Por lo que respecta al cristiano, se trata de convertirse en discípulo igual que lo hicieron los que siguieron a Jesús.

Esta conversión debe modificar hondamente la vida religiosa de los cristianos, que, como la que de ordinario se cultiva en las restantes religiones, se basa principalmente en la adhesión ideológica: base radicalmente insuficiente porque da a las Escrituras y a los dogmas de la Iglesia el valor absoluto de una revelación divina. Una concepción semejante, sin distinciones ni matices, de la autoridad de la Escritura y de los dogmas, será, no sin motivo, progresiva y constantemente impugnada, a medida que se tengan más en cuenta las condiciones históricas de su elaboración y se capte, con una comprensión más espiritual y menos intelectualista, más concretamente existencial y menos abstractamente «esencialista», la verdad que los libros canónicos y los textos conciliares intentaban abarcar.

Esta conversión tiene que hacer alcanzar el nivel de interioridad en el que la presencia de Jesús, nutrida y manifestada de modo constante por el recuerdo, es completamente distinta de una conclusión lógica o del efecto sentimental de una cristología. Básicamente, es la aproximación a lo que los primeros discípulos vivieron junto a Jesús en el plano de lo esencial.



II

La comprensión del otro crece con la comprensión de sí

El ser humano vive como en un sueño, ignorándose a sí mismo a pesar de que constantemente se esté ocupando de sí. Transita sin percibir a los otros, aunque sin cesar esté en relación con ellos. Todo el tiempo de su vivir no es demasiado para descubrir qué es la vida, ciego que cree ver y no ve, sordo y mudo que cree comunicarse y no se comunica: que habla sin que nadie le escuche y que escucha sólo cuando es él quien habla. Sin embargo, no puede llegar a ser él mismo si no entra en comunión con seres que le sean lo bastante cercanos como para verlos en lo que son y oírles palabras que los revelen de veras. Así, al acogerlos, se encuentra a sí mismo.

Para crecer en su propia existencia, el ser humano necesita adentrarse en el misterio del otro, llegar al corazón de su vida, allí donde es total y únicamente él mismo. No le basta cruzarse con el otro o simplemente frecuentarlo, o tener con él unas relaciones de servicio o de amistad. Cuando esta visión exigente del otro, relativamente rara, se produce y nos visita, asciende desde dentro y nos eleva por encima del estado en que yacemos cotidianamente. Hace que uno penetre más y vaya más lejos de lo que espontáneamente la retina capta del otro. La iniciativa para lograrlo no está a nuestro alcance, pero hay que saber escuchar en el recogimiento y hallarse en presencia de sí mismo. Para no falsear irremediabilmente esa visión cuando aparezca, no hay ni que deseirla ni que presionarla: no está a nuestra disposición, como otras iniciativas. Uno es más su sujeto que su agente.

La intuición que así se tiene del otro, captado en su unidad y unicidad fundamentales, más allá del hacer o del decir cotidianos, brota ciertamente de un contacto inmediato con él, pero, en lo esencial, se constituye a partir de lo que uno es en sí mismo en profundidad. Tiene la talla de aquél a quien visita, más que la de aquél a quien alcanza. Dicha comprensión no se debe sólo a una concepción intelectual, realizada a partir de observaciones cuyas consecuencias se han ido desgranando; tampoco se debe a una representación imaginativa en la que la

afectividad desempeña el papel principal, bien como motor o bien como meta porque se busca su satisfacción. Esta comprensión es global e indistinta. Segura en sí misma, estable, sin ser efecto de la mera estabilidad de la memoria, esta intuición reaparece idéntica a sí misma y con idéntica claridad y vigor, cuando la ocasión se presenta, sin que uno se haya aplicado especialmente para que suceda. A menudo, entonces, suele verse confirmada por nuevos indicios que brotan subrepticamente bajo la luz invisible que de ella se desprende.

Cuando estas intuiciones se multiplican con ocasión de encuentros numerosos pero verdaderos, introducen en un universo absolutamente distinto de aquel en que habitualmente se vive: un universo en el que el hombre es más real que el fenómeno, y en el que el hombre se manifiesta más real que lo que hace, dice o parece. Uno se descubre a sí mismo perteneciendo no a una colectividad humana de miembros estrecha y rigurosamente solidarios los unos de los otros, sino, por el contrario, a una comunidad de solitarios; comunidad no organizada, dispersa por naturaleza, en la que cada uno se ve solicitado y trabajado íntimamente por el mismo espíritu, pero de forma original, según lo que cada uno es en sí mismo; en la que cada cual, a su modo, consciente o inconscientemente, anda por un camino singular que le conduce a un destino tan único como su ser.

Estrechos límites entre los que se desarrolla el destino de un hombre

De ordinario, esta mirada, directa y penetrante, ve al hombre, llegado ya a una cierta edad, ceñido estrechamente por límites de carácter, de inteligencia y de corazón; límites intrínsecos o impuestos o por las condiciones en que ha tenido que vivir o por el peso de sus acciones y decisiones pasadas. En ambos casos, son límites que parecen casi insalvables, y tanto más cuanto menos joven es uno aunque, por un tiempo, en ciertas ocasiones, uno cae en la cuenta de que los tiene e intenta liberarse de ellos. Además, esta intuición, esta mirada sobre sí, por lo general, suele mostrar al hombre reaccionando instintivamente contra todo lo que le asalta desde fuera y, en cambio, sometido pasivamente a todo lo que se produce en él.

Sin embargo, como si le quedaran algunas huellas imborrables de la virginidad de su infancia, de su candor y lealtad originarias, el ser humano actúa espontáneamente con una continuidad y estabilidad que permiten vislumbrarle también en acto, caminando en su secreto, a su modo, a través de contingencias que constantemente le asaltan, le asedian de cerca y le conducen a ciegas. Estas contingencias lo cercan por todas partes, pero nunca consiguen engullirlo del todo y reducirlo a no ser ya él mismo. A menudo, sólo cuando llega el momento de la muerte se comprende de verdad cómo este hombre, con una grandeza ya real y digna de lo humano, ha vivido una historia que en su tiempo parecía no ser más que mediocridad e indigencia...

Una visión así conduce al respeto hacia el gran misterio del nacimiento y del desarrollo improbables, de la vida azarosa y arriesgada, de un ser en camino, en la oscuridad, hacia la conciencia y la libertad. Este hombre, sin saber exactamente qué ocurre en él y hacia dónde se dirige, emerge de la servidumbre de acontecimientos y situaciones, de la esclavitud de los sentidos, de la ceguera del corazón y del espíritu; emerge en la medida de lo posible y en cuanto le es dado, a través de múltiples e inevitables crisis y extravíos que, al parecer, le habrían llevado a perderse.

Nada ni nadie puede aportar lo que la presencia de otro

Con demasiada frecuencia, ante el otro, esta visión impone algo así como un sentimiento de impotencia. Su causa es la ceguera casi innata y la mediocridad aparentemente irremediable de quien hubiera podido llegar a ser pero parece condenado a vegetar y, por último, a fracasar, si no ocurre nada nuevo que lo impida; condenado, no tanto por las condiciones y los acontecimientos de su existencia, cuanto por una falta imponderable de vigor espiritual. Esta falta de fuerza espiritual, ¿no podría ser la consecuencia oculta de una larvada infidelidad; infidelidad carente de contorno preciso casi siempre, que no se puede decir que proceda de intenciones y de actos concretos sino de toda la sustancia de una vida, atrapada en el estado subhumano de su medio social?

Sin embargo, al contrario, a veces sucede –aunque raramente– que el encuentro con otro, joven o mayor, hace brotar una impresión viva y pregnante de simplicidad, rectitud, pureza e incluso de vigor y noble grandeza. Esta impresión es tan simple, directa e inmediata que no precisa pormenorizarse. Penetra profundamente en uno y apunta tan lejos como uno es digno de que así sea: más lejos de lo que uno puede reconocer en el momento en que sucede –como después se descubre en horas de reflexión, aún bajo la influencia de aquel encuentro que fue y que ahora se revive. Este otro que se encontró, por la irradiación que surge de él sin que él lo sepa, y que prolonga –y a veces amplifica– el recuerdo que de él se conserva, conduce a la admiración de lo que en él se opera, a la veneración de lo que él es, sin saberlo o, al menos, sin apropiárselo.

Cuando ese encuentro sucede, esa comprensión íntima del otro, nutrida de admiración y de veneración por lo que es en él, impulsa, simultáneamente, a entrar, por un lado, en la presencia de uno mismo –en esa conciencia de la conciencia de lo que se es, de lo que actualmente emerge del propio misterio como un posible devenir– y a entrar, también, en la presencia del otro –en esa conciencia de la existencia del otro, más allá de lo que se sabe y se podrá saber.

Como sucede con la muerte cuando se acerca y se hace real, tanto si se cierne sobre uno mismo como si lo hace sobre el ser amado, esta comprensión, más allá de las contingencias que ordinariamente absorben, asedian y forman como una pantalla, hace y deja «ver». Es una primera aproximación, casi inmediata, tanto del ser que se desarrolla en uno mismo como del ser que crece en el otro, cada uno en la duración que está más allá del tiempo, bajo las especies de algún centro estable que, por debajo de la vida cotidiana, subteniendo la actividad de cada día, «da seguridad» frente a la nada, por más que uno se halle inmerso en lo movedizo y efímero, hasta no parecer más que pura inconsistencia y transitoriedad.

Esta visión renueva. Invita a vivir más y mejor, y da la fuerza para hacerlo. Hace que brote más luz y fuerza que cualquier ideal pro-

puesto desde fuera al que uno se hubiese adherido con ardor. Todo lo que uno puede y debe ser para «ser» lo impulsa y le ayuda a ser.

Esta intuición es como una visión más allá de la fe... Crea en uno mismo una presencia espiritual del otro que es más real que la presencia física, que sólo es su signo... Gracias a esta intuición, se participa del «gozo de ser», gozo de Aquél que hace ser a todo lo que está en camino de ser; gozo ligero, aéreo, inalterable, inaprehensible, siempre idéntico a sí mismo cuando se renueva; gozo recogido que invita a entrar en el recogimiento, mostrando todo bajo una nueva luz, la de la aurora y el triunfo eternos. Fundamentalmente, hace comulgar con Dios y con la Obra que es porque Él «es».

No hay que haber convivido con otro para penetrar en su misterio y entrever lo que es esencial en él. El paso de los siglos puede recubrir su recuerdo y sumergir en una gran ignorancia los acontecimientos y situaciones que tuvo que vivir y los estados íntimos que experimentó. Pero, aunque de él no se sepa gran cosa a ciencia cierta, a causa de las deformaciones provocadas por la imaginación legendaria y el espíritu de sistema, ese poco que se sabe basta para entreverlo, con tal de que uno se sienta penetrado hasta el centro y reciba su eco con una intensidad tal que se incorpore a uno mismo como si se tratara de una revelación de sí mismo; impresión más honda y más potente que la que imprimen los acontecimientos contemporáneos, mucho más estable, capaz de desarrollarse, de invadir todo lo que uno es, transformarse en su fermento y convertirse en algo así como en su forma. Lo que se manifiesta tan fundamental para uno mismo es imposible que no lo sea para otro: pertenece a lo universal de modo particularmente directo y puro, aunque bajo especies aún contingentes, muy marcadas por tiempos y lugares.

Esto poco que se sabe, si uno aplica toda su atención a ello porque está en camino hacia el propio ser, lo abre sobre el misterio de este hombre, y le hace entrar en el conocimiento interior de lo que él fue, mejor que la acumulación de muchas informaciones y mucho más hondo, incluso, que un encuentro directo con él. En este último

caso, uno podría no encontrarse en la íntima disposición requerida para una acogida conveniente o comportarse torpemente, por las condiciones en que el encuentro en cuestión, al azar de las circunstancias, se habría producido.

La intuición que permite entrar en el misterio del otro a partir de la propia realidad es un acercamiento a la comunión que, ya ahora, existe invisiblemente entre los seres aunque de ordinario sea inaccesible pues todavía es algo embrionario e incluso quizá sólo en potencia. Esta comunión se sitúa más allá de las particularidades que dominan la vida de cada individuo y que actúan separando –diversidad de lugares, alejamiento en el tiempo, heterogeneidad y relativa incomunicabilidad de los universos mentales; y también se sitúa más allá de toda solidaridad sociológica –herencia común del pasado, coexistencia diaria ante el mismo destino, y todo lo que une particularmente a los individuos entre sí. Esta comunión no pertenece «a la carne, ni a la sangre, ni a la voluntad de los hombres». Es como intrínseca a la naturaleza humana y constituye el fundamento sobre el que se eleva la unidad en la variedad, hacia la que oscuramente tienden los seres humanos andando por los caminos donde les guía –cuando la siguen– su fidelidad a su ser en devenir.

III

Para poder entrever quién fue Jesús, hay que unir, al conocimiento profundo de los Evangelios, el conocimiento espiritual que da una vida fiel

Así ocurre con Jesús cuando, durante años, uno entra en profundidad en la comprensión de lo que él fue gracias a una vida intensa y entregada que ya comenzó a tomar conciencia de su dimensión y de su misterio gracias también a haber escuchado su mensaje e iniciado la respuesta a su llamada.

No hay duda de que no hay ningún documento que venga directamente de Jesús. No hay una sola palabra de la que se pueda

decir con toda certeza que sea suya. Por lo demás, conocer esa palabra no sería suficiente, porque sería preciso oírse la pronunciar y saber en qué clima y en qué ocasión la formuló para captar su profundidad y alcance... Los evangelios, escritos en una lengua distinta de la de Jesús, de un genio totalmente diferente, nos han llegado a través de tradiciones, elaboraciones y compilaciones cuya gran complejidad nadie llegará nunca a elucidar. Los evangelios no pretenden ser una biografía suya ni un testimonio personal de quienes vivieron con él. Aunque no hay duda de que relatan hechos en su mayoría históricos –si bien tampoco cabe dudar de la adición de relatos legendarios surgidos de la fantasía popular o de la lectura fundamentalista y carnal de las profecías del Antiguo Testamento–, estos hechos los narran y, por consiguiente, los componen teniendo en cuenta, sobre todo, el sentido que se les quería dar para expresar la doctrina que entonces se gestaba en las iglesias, cada una con su fisonomía propia y su peculiar forma de pensar y de decir. Cabe la pregunta, incluso, de hasta qué punto los hechos narrados no fueron modificados por una actividad espiritual propiamente creadora. Es posible, además, que algunos relatos hayan sido imaginados a partir de algunos sueños de importancia objetiva innegable para comprender lo que sucedía en la intimidad de los discípulos al revivir lo que Jesús era para ellos.

Sin embargo, estos libros no son didácticos como los que imparten una enseñanza académica. Aunque sus autores, al relatar de una forma tan compendiada y simplificada los acontecimientos, las acciones y las palabras de Jesús y de su entorno, hayan inducido a que el lector, encerrado en un universo mental totalmente distinto, los desfigure y les atribuya una realidad y un alcance absolutamente desproporcionados a los que tuvieron entonces; aunque los autores también añadieran anécdotas de pura fabulación o glosas de su propia cosecha, que ellos, empero, creían convenientes; sin embargo, lo hicieron con un tono y con un estilo tan particulares que, indirectamente, confirieron, a lo que escribían, un gran valor humano: todo provenía de lo que habían vivido hondamente y con autenticidad. Al consagrarse a la redacción de esos relatos, tenían la

convicción de entregarse a una obra capital, única, la obra de su vida. La llevaron a cabo con un interés del que da testimonio, como un eco que resuena a través de los primeros siglos de la era cristiana, el fervor incalculable y el número innumerable de copistas y comentaristas que, laboriosos, se apiñaron alrededor de esos textos, venerados como las antiguas Tablas de la Ley... Ni las más geniales obras de la antigüedad provocaron nada comparable.

La memoria, origen de los Evangelios, fue sostenida y activada por las impresiones que la vida pública de Jesús había hecho nacer en algunos y por las sacudidas que esos pocos meses habían provocado en aquellos a quienes se les relató. Ciertamente, esos sentimientos poderosos, esas conversiones radicales eran muy ambiguas: el amor y la esperanza, arraigadas en las profundidades humanas, lindaban con intereses materiales y expectativas políticas aguzadas por una existencia difícil y oprimida; y los redactores estaban inextricablemente implicados en toda esa situación. Esos intereses y expectativas, lastrados por las preocupaciones de la época, limitados estrechamente por los horizontes del universo mental de entonces, pesaron mucho en la elaboración de la doctrina. Los autores de esos escritos tendían a satisfacer y a confirmar tales intereses y expectativas.

En contra de lo dicho, no es arbitrario pensar que también el amor y la esperanza provocaron espontáneamente la selección de los acontecimientos utilizados para fundamentar la doctrina. Ciertamente, la razón de haberse conservado no estriba tan sólo en que esos acontecimientos fueran especialmente probativos en sí mismos o singularmente adaptados a la introducción o al desarrollo de los temas y de las tesis que se querían exponer. También se retuvieron e impusieron porque inconscientemente traducían con exactitud los más auténticos sentimientos de los Apóstoles y Evangelistas; sentimientos y aspiraciones comunes a todos los hombres.

Este es el motivo por el que, desde hace veinte siglos, a pesar del carácter extraño de muchos de sus fragmentos, esos escritos interpe-

lan profundamente a sus lectores; tanto como no lo hace ninguna otra obra de la antigüedad. Interpelan con una fuerza que no extrae su poder ni de los materiales utilizados ni de las formas de exponer sino de lo universal; suelo en el que hunden sus raíces y del que dan un testimonio directísimo, aunque todavía de una forma –digámoslo así– neutra e impersonal.

Hay muchas precisiones esparcidas en las Escrituras que son inútiles para establecer cualquier doctrina y que, en cambio, son claros indicios o del vivo recuerdo que subsistió en los testigos oculares o del interés, poderosamente sentido, de los que escucharon el relato de aquellos acontecimientos. La mayoría de estas precisiones no son artificios estilísticos del autor intercalados para dar realidad y verismo a lo que describía o reforzar intencionadamente la creencia que se quería imbuir al lector.

A los Evangelios hay que llegar y entrar por este nivel –distinto del de la habilidad propiamente literaria de escoger, combinar y estructurar las palabras de un modo técnicamente eficaz en una exposición– no sólo para alcanzar un primer conocimiento de lo que Jesús dijo e hizo, sino también para adivinar lo que Jesús vivió y fue –cosa que cada uno logra en la medida en que le es dado. Estos detalles, que suelen ser ínfimos, revelan, sin que quizás sus autores hayan tenido conciencia de ello, el aura de amor y de esperanza que irradiaba de sus recuerdos personales o de sus reacciones ante lo relatado. Estos detalles son preciosos para que Jesús sea «visto». Aunque estén muy marcados por la mentalidad de los testigos o de los redactores, permiten mejores aproximaciones a Jesús que las afirmaciones doctrinales de las Escrituras sobre las que pesaron los lastres afectivos, las concepciones intelectuales y las preocupaciones y perspectivas sociales de la época...

Estos detalles sólo pueden ser percibidos e interpretados correctamente –aunque siempre bajo la responsabilidad particular de cada cual– si las Escrituras se leen desde un suficiente conocimiento de sí y del ser humano, y desde una experiencia espiritual ya avanzada. Sólo de esta forma se podrá penetrar en la existencia de Jesús que, de

lejos, se vislumbra tanto a través de sus enseñanzas –impregnadas de sabiduría o suscitadas por lo que presentía necesario para que los hombres le pudiesen captar bien– como a través de sus confidencias a los discípulos –hechas en ciertas horas íntimas, en parte para mejor captar él mismo lo que le hacía vivir–, como, también, a través de las bienaventuranzas, maldiciones y parábolas, inventadas día a día a medida que le eran, por decirlo de alguna manera, arrancadas por sus oyentes...

El exegeta más riguroso, si no ha llegado a este sentido profundo y realista de lo humano y de la vida espiritual que sólo se puede adquirir a través de la propia historia y mediante la propia fidelidad, es incapaz de situarse a este nivel de lectura. Al contrario, tenderá a rechazarlo, a descalificarlo como subjetivo, como surgido de la imaginación y de la afectividad; y lo hará secretamente movido por la idea de justificarse en nombre de la ciencia y de su relativa indiferencia, a la que confunde con la honestidad de espíritu y con la independencia necesaria para ser objetivo. A pesar de su indudable saber y de su rectitud intelectual, este exegeta pasa de largo junto al acontecimiento sin reconocerlo. Está condenado a conocer sólo las fuentes literarias, los géneros aceptados en aquella época para este tipo de relatos, los mecanismos de la escritura y las técnicas del escritor. No sabe más que escrutar, analizar y criticar la doctrina embrionaria, naciente y balbuciente, que, mejor o peor, intenta expresarse. Procediendo así, ¿cómo resistir a la tentación de reducir la originalidad fundamental de Jesús, hasta llegar incluso a negarla, a pesar de que él –Jesús–, sin ser en absoluto el autor de los Evangelios, fue su manantial poderoso aunque indirecto; y de una potencia, además, que parece única en la historia? El exegeta tiende invenciblemente a no dar importancia a todo lo que no se enmarca en sus perspectivas fundadas racionalmente y, además, tiende a juzgar como desprovistas de valor, como novelescas fantasías, las luces que se pueden extraer de esos detalles «insignificantes». Sus perspectivas, a pesar de toda su exactitud, le conducen a conclusiones erróneas, sobre todo porque no se complementan ni corrigen con consideraciones humanas sur-

gidas no de la exégesis sino de la comprensión interior de la vida espiritual; comprensión que, por otra parte, se adquiere más por propia experiencia que por el conocimiento de las ciencias del hombre.

¿No le sucede lo mismo al teólogo que, por una parte, pondera con la más extremada precisión los términos de las epístolas, que, no obstante, a menudo fueron escritas de forma ocasional, espontánea, a vuela pluma o al dictado –por no mencionar las traducciones, hechas a menudo antaño sin suficiente competencia–; al teólogo que, por otra parte, en cambio, descuida lo que el fervor y la autenticidad de los autores aportaron a los textos, que es más que lo aportado por sus reflexiones profundas y sistematizadas?

Esbozo –a repensar constantemente– de la vida de Jesús

Leyendo de esta forma los Evangelios es como se va haciendo real lo que Jesús vivió y se llega a comulgar en profundidad con ello. La singular epopeya espiritual de Jesús, aunque quede lejos de lo que uno podría alcanzar por sus propios medios, con este tipo de «lectura», se llega a hacer presente, y tanto más cuanto más se la puede captar y entender en la línea de lo que uno mismo vive. Por esto, no se trata de afirmar aquí la verdad de todas las apreciaciones de este tipo sobre la vida de Jesús, sino de comprender, mediante una visión global, el hilo central y el espíritu básico del Maestro, tal como es accesible en el estadio actual en el que uno se encuentra. Cada cual ha de proseguir para sí esa búsqueda, vivir de ese descubrimiento, siguiendo, a lo largo de los años, las etapas de su maduración.

... Su extravagancia de niño de doce años en Jerusalén –esa edad de la primera adolescencia, singularmente abierta a la vida espiritual–, primera manifestación –excepcional– de su temperamento vigoroso y decidido, de su apertura a las cuestiones religiosas; primer inicio de su vocación; primera separación del medio familiar.

... La secreta evolución de su vida de artesano de pueblo, durante unos veinte años, que le llevó a unirse, a orillas del Jordán, a la muchedumbre de peregrinos...

... El singular reconocimiento de Juan, que descubre en él a un discípulo de primera, quizás ya un maestro... Su eco en el corazón de Jesús, el horizonte que se ilumina y ensancha... Lo que de ello expresó en sus confidencias y que nos ha llegado a través de los comadres y disputas de los discípulos...

... La lectura del texto de Isaías en la sinagoga de Nazaret, luz deslumbrante sobre el porvenir infinito que se abre... Esas perspectivas, creídas por más que fuesen increíbles, le iluminaron tanto que cuantos le conocían desde la infancia le miraron mudos, extrañados, con aquel silencio que envuelve los instantes decisivos...

Y he aquí que se levanta, deja a los suyos, su aldea, y parte... Su descubrimiento de los pequeños y de los desheredados de la vida, su piedad apasionada por los marginados, escoria de la sociedad. A veces, cuando se encuentra con ellos, ese extraño poder de curación que surge en él... «Los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los pobres son evangelizados...» Su nueva vida que se afirma progresivamente en cada ocasión gracias a su éxito inmenso, a su exacta correspondencia con lo secretamente esperado por todos pero aún enterrado bajo el vicio y la desdicha, aún oculto bajo los usos y costumbres...

¡Cuántas confirmaciones de su camino! ¡Qué cercanía con Dios, que le ha dado esa misión! Qué intimidad con ese Padre que le conduce paso a paso o, mejor, que paulatinamente le engendra! El reposo de los días de viaje tras tanta fatiga, el remanso de sus noches de plegaria tras los agobios de la multitud...

Pero también, ¡cuántas tentaciones! La tentación de consagrarse del todo a aliviar los males que aplastan, como si eso fuese la condición suficiente para el advenimiento del Reino de Dios... La tentación de usar del poder del cual era sujeto y agente; de suscitar la violencia de la rebelión en un pueblo altanero y oprimido, dispuesto a coronarlo como rey. Aquel día que se escapó y se escondió para cumplir su misión. Dejando de «concientizar» y de ayudar a hacer conquistar la libertad política como si, tras tal actividad, vinieran, por su propio

peso, la exigencia de la conciencia y la libertad del corazón de cada uno... La tentación de dejarse arrastrar por los acontecimientos, e incluso de anticiparlos y provocarlos, en vez de seguir la llamada interior; la tentación, embriagado por la gloria y el poder de Dios, de forzar de alguna manera en sí mismo la moción de Dios, en vez de aguardarla inmóvil en la disponibilidad; la de pasar por encima del tiempo de Dios bajo el empuje de lo dado hoy sólo para preparar el mañana; la de «convertir» en lugar de llamar a la conversión...

Pero también las condenas. Ante la inmensa miseria de un pueblo que día a día se va convirtiendo cada vez más en «su» pueblo, y ante el enorme despilfarro de sus posibilidades espirituales, casi fatal a causa de esa miseria, su condena de los poderosos y acaudalados por su forma de instalarse en la religión de Israel y de protegerse tras ella de los deberes imperiosos –que, sin embargo, se imponen con fuerza–, reduciéndolos a observancias legales, las únicas –habrían dicho para justificarse– que no son ni subjetivas ni utópicas... Y, además, su condena de la piedad de los Judíos más «fieles», de aquellos que no sólo obedecen a los mandamientos sino que los aman religiosamente por ellos mismos: esa piedad es también una huida ante lo real y, por lo tanto, idolatría.

Poco a poco, se va haciendo más clara en Jesús la evidencia de que su religión ya no es en absoluto la de su medio. Por encima de los siglos, se reconoce en el espíritu de aquél que, llamado por Dios, dejó su patria, lo sacrificó todo a la Voluntad que se le imponía íntimamente y se enfrentó a las costumbres religiosas de su tiempo, convirtiéndose así en «padre de los creyentes». Él pertenece a ese Espíritu que, ya antes de que Abraham fuera, existía...

Poco a poco, cada vez niega menos la oposición que percibe entre la Autoridad que la Ley aún tiene sobre él y la que se inscribe, imperiosa, en su interior, y que antes rechazaba. Progresiva y constantemente, acepta esa oposición con más lucidez y franqueza, la hace suya, se desposa con ella... En él luchan el pasado y el porvenir; lucha sin cuartel, cada vez más patente, cada vez más aceptada. Lucha

también respecto de los discípulos, sutil, difícil, tenaz, casi desilusionada... Lucha sin tregua e implacable, sostenida a la luz de las evidencias íntimas, pero también en las tinieblas que intentan clarificar sus noches de plegaria. Combate decisivo que pudo con Judas, el patriota y conservador. Combate que le conducirá a las fronteras de la vida; fronteras que le provocan el vértigo de la duda radical y de la nada, pero que le abren también al Absoluto de la fe... Y la muerte de Juan Bautista, el maestro de su juventud...

Ante Jesús aparece entonces la dimensión sobrehumana, la inmensidad de la tarea que no puede rechazar pero que en vida no puede realizar adecuadamente; la multitud, no sin escribas ni doctores ni jerarcas, pero sí sin pastor...; el pequeño número de los obreros, la impotencia de éstos para estar a la altura del advenimiento que él ha de provocar, su incapacidad asimismo para comprender nada que no esté a su nivel actual, su forma de utilizarlo, de aprovecharse de él, de instalarse...

Y también, después del fervor de los inicios, la irrupción de la inquietud –primero larvada– de los medios religiosos oficiales, con sus afirmaciones untuosas, zigzagueantes, cada vez menos disimuladas, con su hostilidad creciente, progresivamente desvelada, progresivamente airada... Y, por si fuera poco, las reacciones de su madre y de los suyos...

Algunos meses después, el vacío a su alrededor. Para unos, es un iluminado, un seductor, alguien que mantiene relaciones dudosas, que socava los fundamentos de Israel, que levanta el acta de defunción de la religión del pueblo elegido. Para otros, un derrotista y un espíritu quimérico: predica la pobreza a los pobres explotados por los ricos, la misericordia a los pisoteados por la bota romana; opio del pueblo, fermento de anarquía; acusaciones, imputaciones que se repiten interminablemente, como ecos a través de las edades... Unos y otros conspiran para suprimirle... Todos ven en él un traidor a Israel.

Acosado, asediado, condenado ya irreversiblemente a no hacer nada que no sea mal interpretado; bajo las amenazas que pesan sobre

él, siempre más precisas y cercanas, capta el carácter ineludible de su muerte, pero también su necesidad para que sus discípulos descubran, al fin, qué lugar ocupa él en sus vidas, qué semilla sembró en ellos, qué fermento es en ellos; para que su partida cree en ellos el vacío de la ausencia, de donde brote la «Presencia» que todo ser humano aguarda a fin de tener la energía necesaria para llegar a ser él mismo; para que su misión pueda continuar en el porvenir, salvada, a pesar de todo lo que constantemente la desvíe y tienda a pervertirla. Yendo así hacia su fin con fe, sin vacilar, sin retener nada...

Durante la última cena con sus discípulos, mientras uno de ellos ya le ha traicionado, dándoles, como en un testamento, el sentido de lo que han vivido juntos y que en aquel momento ya son capaces de recibir... Muy cerca de los momentos finales, tras esas horas excesivas, tensas y graves incluso para él, llevando en su carne la angustia del destino que hasta entonces había amado con el mismo amor con que ama a su Padre y que su Padre le ha testimoniado... Getsemaní, su última noche de plegaria, de la que sale con la fuerza necesaria para mantenerse firme, solemne, de forma decisiva, ante los poderosos de este mundo, esos incapaces de conversión (*inconvertibles*).

Su desdeñoso silencio ante Herodes, aquel alto funcionario, oportunista y grotesco; su silencio condescendiente ante Pilatos, infeliz y buen hombre en el fondo, a quien concede «la realeza de este mundo»; su silencio fatigado ante la parodia de juicio a que se entrega el sumo sacerdote... Después, la declaración manifiesta de la lucha indispensable entre el pasado paralizador y el porvenir naciente, entre la autoridad que conserva conservándose y la que crea entregándose, entre el dios del que el hombre se apodera y el Dios que llama al ser humano... La afirmación de que nada puede impedir que lo esencial aparezca, lo mismo que nada puede impedir que lo real sea... La afirmación de que su palabra no pasará y de que será glorificado...

Antes de que todo se consumase, viéndose levantado en la fe desnuda, despojado, abandonado, ante Dios, de todo lo que había ayudado por fuera al nacimiento y al desarrollo de su misión...

Y tras su muerte, durante algunas semanas, los extraños carismas protagonizados por quienes habían creído en él hasta el final: sueños, visiones, iluminaciones y pentecostés, que, como la Transfiguración, más que explicar la verdadera naturaleza de estas experiencias, expresan lo que los discípulos vivían en la profundidad de su ser...; carismas que luego se manifiestan tanto más discretamente en los hombres cuanto más espiritualmente adultos se vuelven y más lejos y más en lo hondo cala, en ellos, la llamada de Dios...

El ser humano, a través de su visión de la vida de Jesús, se alza al nivel de la fe, más allá de toda creencia

Al adentrarse en una visión suficientemente vigorosa de tan extraordinaria existencia, ¿quién no experimentaría un sentimiento de admiración, de veneración, muy próximo al que se siente ante la Santidad? ¿Quién no sería transformado casi instantáneamente, como engendrado por un segundo nacimiento, a una nueva vida, mediante esta comunicación, auténtico umbral de comunión con la Grandeza? La Santidad y la Grandeza de Dios...

Mediante una lectura así, con esta captación desacralizada de los textos sin teofanía –en la que, no obstante, Dios y Jesús, tanto uno como otro, actúan y se hacen más realmente presentes uno a otro–, el ser humano es interpelado exactamente en el nivel que permite y suscita su estado interior. Cuando éste es el caso, cuando se está suficientemente preparado para ello, se descubre, en un grado incomparable, la simplicidad, la rectitud, la pureza y también el vigor, la grandeza y la nobleza vividas de forma casi absoluta. Se recibe íntimamente su impronta. Su irradiación es tanta y tan bien adaptada a lo que uno es, que simplifica, endereza, purifica y da fuerza, crecimiento y nobleza; impulsa a aproximarse a ese estado eminente, infinitamente deseado por lo mejor de uno mismo e infinitamente alejado de lo que se es. ¿Quién no se sentiría conducido a la gratitud por esta visión dada al hombre por el hombre, en la que se vislumbra el propio cumplimiento en la cercanía de lo que Dios es?

En Jesús, a medida que se entra en la comprensión íntima de su vida correspondiendo con la propia, se va vislumbrando el anuncio de todas las exigencias íntimas que los hombres han ido descubriendo progresivamente en sí mismos, junto con las primicias de todo lo que han deseado con lo mejor de sí mismos en el transcurso de los siglos. La vida humana de Jesús, tan breve, es como el signo de la grandeza potencial que existe en cada ser humano. Es el sacramento que da luz y fuerza para tender hacia ella. Esa vida, en su singularidad excepcional, surge de lo universal, por más que Jesús, hombre de un tiempo y de un lugar, muerto en su juventud, no se haya desprendido del todo de las preocupaciones y perspectivas de su tiempo.

En él se vislumbran, indisolublemente unidas, una estabilidad personal, una conciencia de la propia misión, una comunión y una especie de familiaridad con Dios que son más que humanas –de tan excepcionales como se revelan en lo poco que uno es capaz de captar– y que sólo pueden provenir de una conciencia de sí y de una cercanía, cabe Dios, sin parangón posible con lo que permiten las actividades comunes que dependen de la iniciativa de cada uno.

La creciente inteligencia de lo que Jesús fue en su humanidad e, inseparablemente, de lo que, paso a paso, se puede llegar a ser en su seguimiento, gracias a lo que Jesús va siendo para uno, son camino hacia Dios. Esa inteligencia y ese camino conducen a alzarse como fuera del tiempo y a hacerse a Dios presente como si lo invisible se tornase visible y lo inconcebible despuntase en el horizonte del espíritu.

Vivir así de Jesús, como se vive de la presencia del ser amado, cuyo pensamiento acompaña siempre y es el único recurso en el corazón de la soledad personal.

Vivir de su recuerdo, subyacente en todo momento, surgiendo en toda ocasión, gestando constantemente perspectivas inéditas sobre lo que de veras sucedió, mediante una inteligencia más honda y abierta, más viva en determinadas horas, de algunos pasajes del Evangelio; inteligencia ayudada indirectamente por una captación más vigorosa

y realista, tanto de su elaboración –tan ferviente y compleja– como de su transmisión, sumamente improbable y precaria, pero lograda al fin, contra y frente a todo.

Vivir de su presencia; presencia que, en el momento oportuno, inspira a cada uno la forma particular de comportarse, la que uno ha de inventarse, no sólo para corresponder adecuadamente a acontecimientos y situaciones sino también, en cierta medida, para suscitarlos indirectamente, preparándose oscuramente a ellos por medio de la fidelidad. Plegaria en acto, naciendo del ser y engendrándolo, suscitando el camino y dando la fuerza para recorrerlo. Inspirarse en lo que, de lejos y globalmente, se vislumbra de la vida íntima de Jesús para, transponiéndolo, orientar, coordinar y unificar, en la medida en que depende de la propia iniciativa, lo que se inicia y emerge en y de uno mismo. Alcanzar el sentido único y necesario de la propia vida. Percibirse en el orden de la existencia, descubrirse en la duración y la consistencia, en la aproximación existencial del ser que deviene.

Alcanzar en Jesús una realidad esencial que, por una parte, no es absolutamente distinta de lo que uno es en sí mismo, puesto que ayuda a la toma de conciencia de las exigencias radicales que se imponen íntimamente y permite corresponderlas, pero que, por otra, es muy distinta por su plenitud inaccesible, que muestra hasta qué punto no es del mismo orden.

Aproximarse así a Dios en Jesús, sin hacer un Dios del hombre que fue, pero presentándolo como procediendo de Dios de tal forma que, en vida, es como su imagen humana e histórica, accesible y visible, pudiendo ser también él, con toda verdad, objeto de adoración; adoración que –sin ceder en nada a la idolatría precisamente por partir de él y a través suyo– se alza más allá, hacia lo eterno, lo radicalmente otro, lo inconcebible.

Gracias a la presencia de Jesús –activa por sí misma– y gracias también a su recuerdo en constante desarrollo, ir más allá de las concepciones extrínsecas de la divinidad a las que se es proclive por un atavismo ancestral y milenarismo –las únicas concepciones accesibles,

por otra parte, en el inicio de una vida espiritual. No recaer en las antiguas fantasías pueriles, cerebrales o pietistas, carnalmente insertas en el corazón del ser humano, cómplices de sus miedos, de su búsqueda incontrolada de seguridades y certezas. No rebajarse al nivel del ateísmo vulgar, posibilitado por la mediocridad humana y por la impotencia y la fascinación de los sentidos. No ceder al ateísmo razonado, impuesto por la consideración exclusiva de los fenómenos, la inadap-tación de los medios de representación y lo inadecuado de la razón.

Aproximarse a Dios en seguimiento de Jesús, de la misma forma que él, en vida, tomando conciencia de sí, alcanzó a Dios y llegó a «ser», en Dios, de Dios.

Esta fe, en el tiempo de su vigor, libera del tiempo y del espacio

Una vida de intimidad con Jesús semejante, en ciertas horas, no sólo elimina la lejanía en el tiempo y en el espacio sino que sobrevuela las sucesivas civilizaciones, como si los siglos se hubieran esfumado en la transparencia de lo que no posee consistencia ni duración. La intimidad de tales tiempos extraordinarios, a semejanza de lo que, a partir de la originalidad radical de su misión, se revelaba en vida de Jesús a Jesús mismo, conduce a captarse uno a sí mismo como centro esencialmente uno, único y solitario. Para ello, esa toma de conciencia confiere una fuerza en la que no se infiltra ningún tipo de osadía y en la que, en cambio, porque está hondamente arraigada en uno, se suprime, además, cualquier tipo de vértigo. Simultáneamente, esa intimidad, sin experimentar el menor asombro ni ceder al más mínimo retorno sobre uno mismo, hace que uno se vea a sí mismo como miembro indisociable del Todo que, gracias a la fidelidad humana, emerge en el ser humano que, de manera singular e insustituible, está en camino de ser.

Esta captación de sí y de lo real, simple y directa, englobante y totalizante, y esta proximidad de Jesús, inmediata e íntima, sin particular actividad, en la simplicidad de lo que uno es, son siempre efímeras. Pero, en quien ha sido visitado por ellas y se mantiene digno

de lo que han sido para él, dejan una huella duradera, a flor de conciencia, radicalmente distinta de lo que de ellas pueda restituir el simple ejercicio de la memoria; huella como de un resplandor de más allá del crepúsculo que, a través de la noche, se convertirá en aurora. Esta captación de sí y de lo real y esta proximidad a Jesús, aunque ya se hayan presentado otras veces, son siempre tan nuevas que acontecen sin ser provocadas ni deseadas directamente. Cuando desaparecen, no hay que lamentarlo. Intentar retenerlas es ya desnaturalizarlas. Son incomunicables. Decírselas a sí mismo, entreteniéndose y rezagándose en ellas, las torna dudosas, de tanto como quieren ser percibidas sin ser observadas, llevadas sin ser poseídas.

IV

Todo cristiano está llamado a convertirse en discípulo

Salidas de la presencia de Jesús y de su recuerdo activo, la intimidad con Jesús y la conciencia que adquiere el creyente de su propio lugar en el Todo, normalmente deben vivirse cuando uno se encuentra en el camino adecuado para su cumplimiento. Esa intimidad y esa conciencia le son necesarias para que, sin error demasiado por una ruta tan difícil y exigente, se vaya aproximando paulatinamente a la meta inaccesible, íntimamente propuesta e, incluso, imperiosamente impuesta por lo que uno es, so pena de verse precipitado hacia la quiebra más total. Equivocadamente, se las considera como la parte reservada a los selectos, llamados especialmente a la contemplación y a la vida fuera del mundo, bajo una regla monástica.

Sin embargo, a veces, en la juventud, en horas especialmente luminosas, o después, en determinadas circunstancias graves que obligan a cuestionar radicalmente la manera de concebir la vida, muchos poseen una oscura preconsciencia, indistinta pero penetrante, de lo que habrían podido llegar a ser, de lo que deberían ser y que, hasta entonces, les había parecido un camino singular, adecuado a

ciertos seres extraordinarios, quizá anormales o deformados... Esta preconsciencia, fugitiva pero siempre idéntica a sí misma, aparece como una anunciación en pleno cielo en el alba de la vida, o se alza desde las profundidades cuando éstas se ven fuertemente removidas. Incluso antes de emerger a la luz, esta preconsciencia es la fuente escondida de la atención y del interés por quienes no ignoran esta intimidad con Jesús; intimidad de la que surge su irradiación a través y a pesar de todas las distancias que los separan, de todas las espesas opacidades que los enmascaran y deforman.

Dicha preconsciencia es el primer anuncio, la imperceptible aproximación de la intimidad con Jesús que el cristiano, convertido en discípulo, alcanzará con el curso de los años. Es también la primera intuición, el indiscernible inicio de la revelación que el hombre fiel recibirá de su misión y de su lugar en el mundo. Es el origen y también la consecuencia de la discreta llamada a la maduración espiritual, siempre dirigida a cada uno en alguna hora de su vida. Aunque de antemano nadie pueda decir qué camino conducirá hacia esa maduración, se avanza con seguridad hacia ella cuando, en lo posible y a medida que uno va siendo más capaz, uno se emplea con fidelidad y con la totalidad de lo que se es.

Sin duda, en el pasado, a muchos, las condiciones de la existencia sólo les permitían una rudimentaria toma de conciencia de lo que personalmente vivían. Aquellas condiciones les imponían una servidumbre casi total a cuanto se decía y hacía a su alrededor; no favorecían una adecuada explicitación ni de una intimidad de este tipo con Jesús ni de la presencia a sí mismos y al mundo. Aunque esa intimidad y esa presencia existieran realmente, permanecían todavía en secreto.

Bajo la servidumbre pesadamente impuesta por la dureza de la vida, en el contexto de una sociedad siempre visitada por la desgracia, la intimidad con Jesús se manifestaba sólo en lo afectivo. Jesús era aquel que había sufrido y se había hecho obediente hasta la muerte en cruz. Los sentimientos de compasión hacia Jesús lindaban con los de resignación respecto de sí mismo: los primeros reforzaban a los

segundos. Las oraciones implorantes se dirigían indistintamente a Jesús o a Dios, sin que fuera necesario haber entrado en la comprensión de la vida de Jesús, fuera de su Pasión en el camino del Calvario. Esa religión estaba acompañada casi necesariamente por el rechazo de cualquier satisfacción sentimental recibida de las «criaturas»; a esa satisfacción se la tenía por incompatible con la sumisión y el amor que uno «debía» a Dios, en cuanto Ser soberano. La presencia a sí mismo y al mundo, original, única, libre, de ordinario no se captaba sino a través de la obediencia intachable a la ley divina, en una existencia de peregrino, en medio del decorado de lo efímero.

Sin embargo, nadie podrá determinar cuántos cristianos vivieron, no obstante, en profundidad, este cristianismo, por otra parte muy próximo, en definitiva, a un teísmo pagano con vocabulario cristiano (simples laicos de la más común de las condiciones, incapaces de tomar conciencia de todo lo que podían implicar para ellos la existencia de Jesús y el mensaje evangélico, *a fortiori* incapaces también de poder expresar con cierta precisión lo que de él recibían). En realidad, era un teísmo transformado, empero, por una atmósfera particularmente humana y, por lo mismo, humanizante, dirigido al corazón con inteligencia y poder a causa de las transposiciones, en la propia vida, de los padecimientos de Cristo. Tales cristianos, por lo que íntimamente eran, permitieron a la Iglesia, a lo largo de siglos, una relativa fidelidad al espíritu de Jesús.

En la actualidad, en cambio, gracias a un nivel de vida que permite que uno se libere –con tal de quererlo de veras– de las preocupaciones materiales invenciblemente absorbentes, y gracias también a las posibilidades que procuran una enseñanza –aunque sólo sea básica– y una cultura –incluso relativamente limitada–, ambas generalizadas, muchos adultos tienen los medios tanto para ser más conscientes de sus posibilidades y de las exigencias de una vida cristiana más específica, como para corresponder a unas y a otras de manera más personal, exacta y explícita, y convertirse en discípulos. Abstenerse de hacerlo, significaría falta de fe y socavaría su vida espiritual condenándola a instalarse en la mediocridad que conduce al

fracaso. Han de dominar toda afectividad instintiva o forzada, individual o colectiva, desprenderse de ella y avanzar hacia la madurez, ahondando en las profundidades de su humanidad, utilizando el conjunto de sus conocimientos para alimentar su fe y hacer que llegue al nivel en que es propia y puramente ella misma. Si son totalmente fieles a lo que en ellos se eleva y les solicita íntimamente, ya no pueden contentarse con observar lo que la religión impone a todos desde hace siglos, paralizada por los lastres de la institución y por un respeto equivocadamente fiel a las tradiciones y ejemplos del pasado. De ahora en adelante, les es estrictamente necesario no quedarse encerrados en la piedad relativamente pueril de sus prácticas religiosas, aprendidas en la infancia; piedad que, por esa misma razón, está condenada a ser superficial y a permanecer marginal.

La vida espiritual exige la totalidad del ser humano. De los creyentes que son capaces, exige la clara conciencia de lo que llevan en sí. Más aún, cuando les es dado, haciéndose así posible, han de dar testimonio de lo que viven, en términos personales, recreados por ellos mismos, sin contentarse con usar sólo expresiones oficiales y convencionales, por pereza, respeto humano o temor de no ajustarse a lo que de ellos se espera social o eclesiásticamente. De lo contrario, su vida religiosa vegetará y se estancará, limitándose a ser sólo intelectual, afectiva o sociológica, cuando no a derivar hacia la simple adhesión pasiva y disciplinar que todas las religiones piden. Aunque esa adhesión fuese vigorosa y tenaz, aunque manejase con soltura el vocabulario de la Iglesia, no sería digna de lo que Jesús aguarda de su discípulo ni estaría a la altura de lo que antaño se hizo porque no se podía hacer otra cosa. Esa vida religiosa y esa adhesión no serían específicamente cristianas, a pesar de las apariencias y, a veces, a despecho de sus pretensiones.

Para ayudar a vivir a la Iglesia, no basta con ser cristiano de Iglesia, se ha de llegar a ser discípulo

Esta vida de unión con Jesús fue conocida –aunque con modalidades particulares– por quienes lo siguieron en vida. Estos pocos

hombres habían llevado, hasta entonces, la vida laboral común a la gente humilde de Israel, pero fueron dignos de que Jesús reparase en ellos y capaces de reconocer en él la suma singularidad de su grandeza humana. Este conocimiento interior de Jesús los alzó por encima de ellos mismos y del destino común de su medio. Íntimamente transformados –y todo lo que siguió a la muerte de Jesús no hizo más que confirmarlo–, recibieron de sus manos la misión que, por prolongaciones entonces inconcebibles, les dio en el mundo una situación y un papel que desbordaba por todas partes el lugar y la actividad que desempeñaron durante su ministerio. Su historia contiene los más brillantes ejemplos de lo que puede llegar a ser un hombre fiel a su camino cuando encuentra a Jesús y entra en su intimidad.

Hoy, el acceso a esa vida de intimidad con Jesús se ha vuelto humanamente más exigente, aunque no se han de subestimar las dificultades excepcionales con que toparon aquellos primeros judíos. Ese acceso pide, desde su inicio, una gran madurez humana porque la irradiación de Jesús, a través de las Escrituras y de la Iglesia, no se impone con el tipo de autoridad que se daba cuando él mismo, en persona, se encontraba con sus discípulos. Sin embargo, sin exigir una vida particularmente vigorosa y singular, una comunión con Jesús, siempre latente y a veces percibida, es posible hoy, en la situación en que se halla por lo general el ser humano, con tal de que trabaje en interiorizarse progresivamente, en ser más consciente de lo que ha de ser a la luz de lo que ha vivido según lo mejor de sí mismo, abierto en profundidad y directamente a los seres humanos y al mundo; y con tal de que, lejos de dejarse seducir por la civilización moderna, sepa sacrificar lo accesorio que se le propone con insistencia y utilizar, en cambio, los alivios materiales que están al alcance de su mano para desarrollar el conocimiento interior de su condición humana a la luz de lo real.

No basta con fundar la propia vida en una mera adhesión, aunque sea sin fisuras, a la interpretación que la Iglesia ha dado de Cristo, partiendo de los numerosos ensayos elaborados por los discípulos y las primerísimas generaciones cristianas. El cristiano de este siglo

puede y debe realizar una obra mucho más original y personal, como hombre y como creyente, para ser verdaderamente discípulo. Tal obra será indispensable, ahora más que antes, para perseverar realmente como creyente y, sin corromperse ni endurecerse, resistir a las presiones ateas y materialistas, omnipresentes y omnipotentes, aplastantes o sutiles, activas en el medio en el que uno ha sido llamado a vivir. Obrar así, por otra parte, será necesario para extraer de esas mismas presiones, por reacción, el impulso que abra e introduzca en el carácter original y fundamental del cristianismo; con lo que, indirectamente, se crecerá en la fe. De no ser así, ¿sería uno capaz del papel reservado en la Iglesia a sus miembros y que afecta directamente a la fidelidad espiritual de ésta y a su misión en el Mundo? De lo contrario, sería de temer que uno fuera para ella ocasión de tentaciones que la paralizarían o corromperían.

A partir de lo que le aporta la tradición eclesial, escrita y oral, con la ayuda de los conocimientos de las ciencias humanas, históricas, exegéticas, etc., poco a poco adquiridas, el cristiano, a la luz de su propia vida espiritual y de la fe, debe entregarse, a lo largo de sus días, a la búsqueda de lo que realmente sucedió hace veinte siglos durante unos pocos meses. Así alcanzará la comprensión tanto de lo que Jesús vivió con sus discípulos –gracias a ellos y también más allá de ellos– como de lo que los discípulos llegaron a ser, gracias a ese contacto personal con Jesús, sin haber tenido inmediata conciencia de ello y casi como a pesar suyo.

A partir del conocimiento que alcanza de las dimensiones del Mundo en el tiempo y en el espacio, de las dimensiones de la Humanidad y de su evolución ligada a la del Cosmos, de su infinita variedad, que parece incompatible con el monogenismo de las antiguas evidencias y con la unidad a la que aspiran los seres humanos, el creyente ha de esforzarse en sondear la suma originalidad de Jesús; en particular, la inconcebible pretensión de ese hombre –tan de una pieza, tan recto, tan dueño de sí– de ser lo que de sí mismo afirmó y de ocupar el lugar –único– que exigió en la vida de sus discípulos, lugar que realmente conquistó y mantuvo.

Toda la historia de Jesús, en la medida en que puede vislumbrarse, choca con lo inverosímil y con lo imposible. Sin embargo, desde hace veinte siglos, su vida ha sido fermento excepcional del ser humano y continua llamada que los mejores escucharon y siguieron de modo que fueron paulatinamente transformados por ella, más allá de todas sus posibilidades y proyectos.

Con esta búsqueda, no se trata de invalidar la enseñanza tradicional de la Iglesia sino de liberarla de los elementos contingentes, entrelazados y fundidos con lo esencial, que han participado e incluso colaborado en la formación y transmisión de la doctrina. De este modo, el cristiano puede apropiarse mejor lo que esa enseñanza comporta de capital y de universal. Sin esta búsqueda, proseguida a lo largo de los años, exigente, intrépida, llevada adelante bajo la propia responsabilidad, rechazando cualquier límite puesto a priori, uno se ve condenado a vivir «religiosamente», de forma atrofiada y gravemente ficticia, por más ferviente y edificante que parezca. Uno se ve reducido a nutrirse con el pasto que le dan, intelectual o sentimental, infantil o erudito. De entrada, uno permanece encerrado, sin saberlo, en un mundo construido tanto por la visión espontánea y subjetiva de un antropocentrismo primitivo como por necesidades viscerales de afectividad, certidumbre y seguridad; mundo que se mueve al nivel de los días efímeros, sin relación con el Cosmos, tan radicalmente inhumano –por sus dimensiones y su inexorable dureza– como radicalmente ajeno a cualquier valor moral. Por lo mismo, muchos convierten su religión en bandera en cuyos pliegues se esconde y protege la robusta certeza que quisieran adquirir o, mejor aún, la frágil seguridad que temen perder; certeza y seguridad que la cercanía de la muerte hará tambalear hasta en sus fundamentos, si es que no las destruye.

Esforzarse en descubrir el punto de partida de las creencias sobre Jesús, enseñadas por la Iglesia, no es traicionar la fe sino ser fiel a su exigencia. Lejos de negar la necesidad de la Iglesia, uno se ha de ayudar con lo que ésta le aporta, e inspirarse en su forma de intentar vivirlo desde hace veinte siglos. No obstante, es estrictamente indispensable velar para no encastillarse en ello a ciegas, lo cual tornaría

ilusoria cualquier búsqueda. En efecto, la base de esas creencias no sólo está disimulada en parte por las condiciones locales y por las limitaciones y ambigüedades en que nacieron, sino que también se ve desfigurada por los vestigios, más o menos esclerotizados y atrofiados por el uso que de ellas hicieron los siglos de cristiandad.

Ya son muchos los creyentes que actualmente pueden ponerse al corriente de los progresos de la ciencia en esta búsqueda y confrontarlos con su modo de decir, creer y vivir, purificando su fe y ahondándola. Aunque esto exija mucho, hacerlo es de estricta necesidad, pues la fe, para ser ella misma, impone la puesta en acción de todo lo que uno es, sin restricciones ni reservas.

Esta búsqueda, llevada como conviene, con vigor y convicción, con honestidad de espíritu y piedad de corazón, no puede sino desembocar en una etapa decisiva de la comprensión de lo que fue esencial en la comunidad que formaron Jesús y sus discípulos y, de este modo, desembocar también en una concepción de la misión de la Iglesia más fiel, más originariamente espiritual, menos dependiente de su pasado, menos sujeta a las condiciones del presente y más abierta al porvenir. Esta comprensión es algo mucho más exigente y exacto que contentarse con recibir el mensaje de la Iglesia –*fides ex auditu*– como un patrimonio familiar o nacional, o como un don divino por el que hay que estar agradecido y que basta con suscribir para poseer.

Entregarse a esta búsqueda y adentrarse en la conciencia de sí y de lo real, más acá de toda doctrina religiosa o filosófica y más allá de todo conocimiento científico o técnico, no significa prescindir de la fe; al contrario, significa responder a ella, apoyarse en ella y, de este modo, fomentarla. ¿Podría ser acaso de otra forma, a no ser que la vida cristiana no fuese más que una actividad entre otras, mucho más absorbentes porque son a menudo mucho más vinculantes para uno? En este último caso, la fe, sin la autenticidad que le es necesaria, no echaría raíces en el ser humano. Su verdadera naturaleza sería ignorada. Se la confundiría con una adhesión ideológica, sostenida o por un

fervor entre cerebral y sentimental o por alguna forma de disciplina y de conformismo. La vida interior se enredaría y empantanaría en la afectividad y en la intelectualidad. Un cristianismo así, asfixiado por compromisos sociológicos, moriría insensiblemente por inanición, o se desmoronaría, bajo el embate de críticas y de negaciones, al confrontarse con corrientes ideológicas mucho más potentes.

Este camino no prescinde ni de la inteligencia ni del espíritu crítico. Tampoco desdeña las adquisiciones de la ciencia sino que las utiliza en forma verdaderamente humana. Así es como se las domina al tiempo que se impide que se engrían como si fuesen la única base del conocimiento; así es como se impide que sirvan de pretexto para distraer de las preguntas fundamentales que plantea la condición humana, sin, por otra parte, eludirlas a base de afirmar doctoralmente que se es radicalmente ajeno a ellas...

Las actividades de la conciencia de sí y de la fe en Jesús, siempre necesarias, nunca faltaron del todo en el pasado, pero, desgraciadamente, fueron muy raras. Los cristianos, en su gran mayoría, las descuidaron e ignoraron a causa de la pobreza de sus medios y de la mediocridad de sus aspiraciones, limitados además por su concepción de la Iglesia y por la autoridad que ésta ejercía sobre ellos. Estas actividades son particularmente apremiantes en este siglo. Su importancia es decisiva para la existencia misma del cristianismo.

*El misterio sólo alimenta espiritualmente
cuando se impugna y combate*

Muchos cristianos de lo más practicantes rehúsan entregarse a esta investigación, aunque estén capacitados y dispongan –con tal de quererlo firmemente– de tiempo para ello. Es como si les pareciese algo pecaminoso. En todo caso, puede ser que aborden esta investigación en condiciones tan dictadas por preocupaciones apologeticas, tan al abrigo de todas las puestas en cuestión que se les impondrían que, entonces, sin esfuerzo personal ni tampoco verdadero provecho del espíritu, en ese caso, encuentran lo que, a decir verdad, buscan

exclusivamente: la mera confirmación de lo que piensan y quieren creer, que, por múltiples motivos, nunca examinan realmente ni critican a fondo.

Sin apenas confesárselo, muchos temen que, al final de ese camino, cuyas dificultades adivinan y cuyas audacias y riesgos captan, sus creencias se derrumbarían. En nombre de su fe, se atrincheran en la convicción de que el misterio no se debe sondear, lo cual, sin embargo, no es signo sino de poca fe...

De hecho, viven como si el misterio no existiera. El misterio no sólo se oculta bajo la claridad de las creencias, o mejor, bajo el verbalismo de fórmulas que no se admitirían en cualquier otro campo, mucho menos capital; también se desvirtúa al convertirse en materia escolar, en preguntas y respuestas, proposiciones y deducciones enseñadas desde la infancia y repetidas a lo largo de los años. Se piensa que las fórmulas empleadas para hablar del misterio, para «describirlo», son comprensibles y asimilables en cualquier momento, prescindiendo de lo que se haya vivido previamente, de lo que se esté llamado a vivir y de lo que se es.

En la práctica, los cristianos, sin negar el misterio, antes afirmando en voz alta e incluso ruidosamente, lo dejan de lado; se privan de la ayuda insustituible que su reconocimiento aporta cuando tal reconocimiento es consecuencia no de una fácil humildad, análoga a una dimisión, sino de una impotencia alcanzada en su radicalidad a fuerza de ser previamente impugnada y vigorosamente combatida.

El misterio no es un coto que se tenga que respetar de lejos, sin intentar una aproximación. Como los conocimientos científicos, pero por otra razón más hondamente humana, el misterio se ha de reconocer en su realidad propia para que el ser humano llegue a ser todo lo que es en potencia, pues, al revés de lo que sucede con esos conocimientos, el misterio concierne al hombre en la totalidad de su humanidad y no sólo en su inteligencia.

Reconocer la existencia del misterio no es confesar ni aceptar la ineludible ignorancia a la que de hecho está condenado el espíritu humano, siempre impotente para abarcar el conjunto de los mecanismos del mundo material e incluso de la vida. En efecto, aunque estos mecanismos sean competencia, probablemente sin límite, del conocimiento científico a que el ser humano puede llegar, su ignorancia es invencible: los procedimientos técnicos, cuya potencia es, en principio, ilimitada en su radio de acción, en la práctica, no se pueden poner suficientemente en marcha por falta de recursos concretos. Esta forma de ignorancia no procede en absoluto del misterio. Esta impotencia constituye sólo una frontera que encierra ineludiblemente la actividad humana, exactamente lo contrario de lo que sucede con el misterio, que abre al ser humano y lo deja en pasmo ante lo incognoscible e inaccesible por esencia.

Ante el misterio, el hombre no es ni ignorante ni impotente de la misma forma que lo es ante lo que la ciencia, en su esfera propia, no puede hacerle ni conocer ni realizar. La conciencia de esta situación de fracaso va más allá de una simple constatación. Todo él está en causa. Si no pudiera encontrar el sentido de esa situación de insolvencia ni alcanzar, precisamente así, otra posibilidad de vivir que no fuera la de ser vivido –igual que una piedra es movida al ser lanzada al aire para caer después–, ese fracaso cuestionaría radicalmente su razón de ser. Puesto que esta ignorancia y esta impotencia, rigurosamente vinculadas entre sí, son intrínsecas al ser humano y arraigan en la profundidad de su ser, afectándolo al máximo en su totalidad, su reconocimiento –que le permite no estar confinado por ellas en un mundo cerrado y vuelto sobre sí mismo– no se parece a ninguno de sus restantes conocimientos, surgidos de una exacta sumisión a lo real. Aquí, la ignorancia de esa ignorancia, al igual que el negarse a reconocer esa impotencia, son actos voluntarios; son saber y negación que uno se impone a sí mismo. Este reconocimiento pertenece a un orden de tal naturaleza que nadie puede desinteresarse a su respecto sin negarse a sí mismo.

En el clima íntimo en que le coloca dicho reconocimiento, si acepta escucharse, si acepta «escuchar», constatará que tal reconocimiento implica, inseparable, el mudo presentimiento –presentimiento surgido como de una reacción radical contra una eventualidad fundamentalmente inadmisibile– de un estado en el que él sería capaz de dominar esa ignorancia e impotencia, aunque de una manera totalmente distinta a la de los conocimientos racionales y los medios técnicos. Entonces, podría desposarse con todo lo que él es en su propio misterio y ocupar así su lugar único en lo real. Esa confesión de ignorancia e impotencia casi intrínsecas, en la medida en que no genera rebelión violenta ni abandono desesperado sino una aceptación contenida o, mejor aún, consentida, desposada con fe, esboza, por contraste, por superación, el inicio balbuciente de dicho estado; estado inconcebible e inalcanzable por uno mismo, pero que, sin embargo, uno se ve conducido a negar o a afirmar, más allá de todo conocimiento, por una opción primera, consciente o no, de la que se es personalmente responsable.

El ser humano, aunque se siente radicalmente inerme ante su propio misterio –que no le es del todo extraño puesto que conoce su existencia–, sin embargo, no está ante él sin ser conducido a esperar, más allá de toda esperanza, con todo su ser, que podría no quedarse en esa situación, caso de que le fuera dado. Pero para eso, una vez más, es preciso que no esté ni sometido ni obnubilado por ninguna ideología extrínseca que prevalezca sobre la toma de conciencia directa e inmediata de lo que le es esencial.

El misterio es lo que la inteligencia humana, estructuralmente, no puede conocer de forma racional y discursiva. Apareció en el Mundo con el hombre y, sin duda, sólo se encuentra en él. Uno se ve forzado a afirmar su existencia en uno mismo, sin poder decir nada más. A medida que el ser humano se aproxima cada vez más a sí mismo, vislumbra con progresiva claridad que nunca podrá alcanzarse en su realidad total, no sólo a causa de la complejidad de sus mecanismos y reacciones en cadena, sino también porque no puede poner distancia entre la toma de conciencia de sí y lo que en sí mismo es.

Por el mismo hecho de pensar y de presentir que no es sólo lo que puede pensar de sí, sabe que en él existe lo impensable. Afirma eso impensable por el movimiento de su fe, a causa de la conciencia que personalmente tiene de sí, no por lo que sabe del ser humano en general.

Esta toma de conciencia que descubre al ser humano su ser misterio para sí mismo más allá de la impotencia práctica de toda ciencia exhaustiva, ¿no lo caracteriza quizás mejor que su facultad de conocer, pues ésta no es radicalmente inexistente en los demás seres vivos, en los que se encuentra en estado embrionario? La esperanza, arraigada en el ser del hombre, de alcanzar la existencia de su propio misterio está unida a su afirmación de que Dios es; secreta raíz y fruto de esa afirmación. Y esa toma de conciencia y esa esperanza, ¿no le emparentan quizás, en una primera forma, con Dios? El misterio de Dios se encuentra en el corazón del misterio del hombre.

A través de su propio misterio, el hombre vislumbra que también el otro es misterio en la zona donde no está enteramente determinado, allí donde, en lo secreto, es libre de ser él mismo. Así es como puede vislumbrar también a Jesús en su misterio, un misterio que está en el corazón del misterio de Dios: de tanto como penetra, a medida que se convierte en discípulo, en la inteligencia de lo que Jesús vivió, de tanto como Jesús «es». Sólo esta percepción, que no es conocimiento y que surge de la totalidad de lo que uno es, da sentido y confiere su capacidad de expresión, su poder de encantar, su posibilidad de «resonar» a los términos usados por una cristología y una teología. Si esta percepción no existe, quien usa esos términos puede entenderse con ellos, pero no «comprender» a Jesús. Puede instalarse en su propio conocimiento del concepto que se hace de Jesús, pero Jesús, en el nivel del misterio que le es propio, no existe para ese «creyente». Ese cristiano es sólo «creyente de creencias» y no «creyente de fe».

V

Causas de la falta de fe en los cristianos de creencias

Es importante preguntarse por qué tan pocos cristianos, aun entre los más fervientes, llegan al nivel de intimidad con Jesús que los convertiría en discípulos que vivirían de su presencia y de su recuerdo como si antaño hubiesen estado con él. Instalados en una vida de piedad y de exactitud, de generosidad y de abnegación en nombre de Cristo, no conocen, sin embargo, la relación con Jesús que da el hondo recogimiento de la admiración y del amor. Y, por lo mismo, permanecen ajenos a la iniciativa creadora que les permitiría ser de su tiempo pero, además, preceder y preparar el porvenir. Del mismo modo que, aunque sean herederos del pasado, no se han beneficiado de él como hubieran tenido que hacerlo, viven el presente como lo puede vivir cualquiera. Independientemente de las infidelidades íntimas (que suelen camuflarse bajo la observancia de la ley y que sólo se muestran a la conciencia, por lo demás de forma efímera, en una visión retrospectiva, interior y global, de la historia propia), parece que se pueden señalar varias causas que, de cerca o de lejos, directa o indirectamente, están, por lo general, en el origen de esta mediocridad.

En primer lugar, una falta indudable de madurez. La sociedad, poderosísima, forma a sus miembros sólo para someterlos a su orden y servicio. Aunque la sociedad no se haya entregado a una ideología que reduzca al ser humano a no ser más que un producto de la naturaleza o un obrero anónimo de la Humanidad, absorbe a sus miembros mediante ocupaciones, proyectos y expectativas. Los aparta de lo esencial, suponiendo que aún sea necesario hacerlo. Les impide descubrir y cultivar lo que son en potencia, llegar a ser ellos mismos, cosa de la que la sociedad se despreocupa a causa del nivel en que quienes detentan la autoridad conciben ordinariamente el «bien común». Por lo mismo, son raros los hombres que, al término de su vida, llegan a la libre y plena expansión de su ser, pues no pueden alcanzarla si no es mediante iniciativas estrictamente personales, gracias a su lucidez y vigor. Tales iniciativas suelen impugnarse y desa-

creditarse en nombre de una falsa concepción del interés general, de la solidaridad y de la igualdad.

Esa falta de interioridad y de madurez ya comienza por manifestarse –sin que ni siquiera se la critique, de tan corriente como es– en las relaciones entre personas que viven juntas e incluso de la forma más cercana: el Amor y la Paternidad apenas si se alzan por encima del instinto y de la posesión, de las costumbres y de los usos locales. Raros, muy raros, son los verdaderos prójimos, aunque se hable mucho de «fraternidad de destino» entre los miembros de una misma clase social o nación.

Esta puerilidad inconsciente, por una parte, se vuelve crónica con la edad, las pesadumbres de una vida que vegeta en su surco durante años y años, la estrechez de horizontes que la pobreza del pasado hace aún más opacos y la espesa sabiduría impuesta por la experiencia desilusionada de los hombres; y, por otra, esta misma puerilidad califica como imaginación quimérica y evasión de lo real cualquier deseo de superar la mediocridad cotidiana. Por eso, impide por completo hacerse real y contemporánea la historia joven, sin oropeles, fulgurante, de un pasado ya muy alejado y vivido en coyunturas muy distintas de las actuales. ¿Cómo entrar en una honda comprensión de lo que Jesús fue en sí mismo, ante Dios y con los suyos, cuando lo humano presenta semejantes índices de indigencia? ¿Cómo comulgar, a partir de lo poco que de él se sabe con certeza, con el espíritu y con el ser de quien, más que cualquier otro, estaba mucho más allá de sus palabras y de sus actos?... Por eso, muy frecuentemente, desde los comienzos, los cristianos, al no comprender en profundidad de qué talla humana, verdaderamente sobrehumana, era Jesús, le glorificaron por medio de la doctrina, imaginándose que así creían en él como los primeros discípulos...

La religión, por el modo como la viven ordinariamente los cristianos, no deja de tener su parte de responsabilidad en esa ausencia de intimidad con Jesús; intimidad que exige el ahondamiento de sí mismo en la fidelidad, pero a la que no pueden conducir ni la exac-

titud en la práctica religiosa ni el interés por la doctrina ni la piedad sacramental o de devoción.

Todo lo que el creyente hace como cristiano puede contribuir a dispensarle del camino que le es necesario recorrer para este ahondamiento personal, salvo que ya esté bastante avanzado. Por ejemplo: la lectura asidua de la Escritura cuando no va acompañada de las transposiciones que son necesarias debido a las ignorancias, los prejuicios y las formas de sentir y decir de sus autores; o la saturación de doctrina que hace que ésta, aunque no se convierta en tópico a fuerza de ser machacada, no presente más que una visión genérica y extratemporal de lo real, que prescinde de los acontecimientos pues los pasa por encima a fuerza de interpretarlos según «el designio de Dios sobre el Mundo»; o la asistencia a las celebraciones litúrgicas, caso de que uno no sintonice con ellas por su vigor personal y se quede, en cambio, en el mero gozo afectivo o en la emoción estética propias del nivel de ambientación colectiva que desarrollan poderosamente; o, en fin, el lenguaje peculiar utilizado corrientemente cuando se habla «con devoción» y que forma parte casi intrínseca de las costumbres piadosas.

De este modo, el cristiano, si no está en guardia, acaba por vivir en un universo imaginario. Todo lo que –por búsqueda instintiva de seguridad– halla espontáneamente a su alcance y nutre el fervor de su piedad, a la que entonces le tienta considerar como suficiente, representa una posibilidad de huir de lo concreto cotidiano: la inmensidad de las perspectivas desplegadas por el culto que, aun cuando no dejen de tener relación con la realidad suprema, brotan, de alguna manera, del sueño; la saciedad intelectual y la euforia sentimental que esas magníficas y sacralizadas perspectivas procuran; la poesía y el lirismo que cantan los horizontes de otro mundo; el eco y la armonía, la euforia casi físicas originadas por la frecuencia y el hábito prolongado de la práctica religiosa; en fin, la tradición heredada de siglos, que moldeó a lo largo de generaciones las formas de sentir y de pensar. Ese universo no tiene contacto con lo real tal como hoy es percibido. Sólo se asemeja, de manera por lo demás vacilante, con el mundo

absolutamente distinto en que vivieron y pensaron los seres inspirados y los doctores que intervinieron en el origen de la doctrina.

La comprensión global del mundo y de sí mismo, seca, desnuda, reducida a lo esencial, que en una época determinada puede percibir el ser humano, es la base oculta, fundada en lo universal, que sostiene su universo mental, explicitado con los elementos de su tiempo, con sus modos de sentir, imaginar, pensar y decir. Surgiendo del hombre en su totalidad, de toda su historia consciente e inconsciente, esa comprensión no deja de estar en relación con la evolución humana general a través de los siglos. Por el movimiento que la hace nacer y que no soporta ser precisado, esa oscura comprensión es hermana gemela de la fe. Es particular de cada uno, tanto en su alcance como en sus límites. Por lo mismo, uno no puede aproximarse a lo que los otros viven realmente en este nivel –cada uno por su parte– si no penetra más allá de lo que explícitamente piensan y consiguen expresar y, por ahí, alcanza su razón de ser, inaprehensible y hondamente enterrada en ellos, debido a que sus perspectivas están también deformadas y mutiladas por sus propios límites. ¿Se puede salir con éxito de esta empresa si uno se queda en la epidermis de sí mismo por falta de interioridad y de madurez, a causa de quién sabe qué esquizofrenia, sistemáticamente cultivada?

Además, con esta falta de ahondamiento personal y encerrado en un universo así, ¿cómo entrar en la inteligencia singular de sí mismo y del mundo, tal como Jesús la tenía explícitamente, por más estrechamente limitado que estuviera, también él, en una humanidad que era solidaria de su medio, aunque su personalidad superara a su generación por toda la altura de su talla? En la medida en que sea posible personalmente a cada hombre, a pesar de estar estrechamente condicionado por el estado de su propia generación, ¿cómo alzarse hasta lo que Jesús anuncia y prepara silenciosamente, en el límite de la conciencia clara, por lo que él fue en potencia; y que los siglos poco a poco descubren fragmentariamente gracias a una actividad difusa, en la frontera de la acción desplegada por la evolución casi intrínseca del mundo; actividad casi involuntaria, impersonal,

inconsciente en la mayoría, salvo en unas pocas individualidades, en las que emerge gracias a lo que son y a su fidelidad? ¿Cómo vislumbrar, sin falsearlos, los desarrollos del conocimiento de lo real, secretamente en estado potencial en el ser humano, que, poco a poco, ven la luz, pero de los que Jesús no podía poseer entonces el explícito sentido? ¿Cómo evadirse, en fin, de las limitadas ideas sobre el mundo y la historia, sobre el hombre y su destino singular, de las que inconscientemente somos herederos, que por todas partes nos asedian y penetran hasta el centro?

Surgidas de la profundidad humana y no sólo de convicciones intelectuales o de necesidades fundamentales, la espera y la búsqueda necesarias para convertirse, en nuestro siglo, en discípulo de Jesús y participar así en su misión, no son concebibles en una existencia obcecada por la doctrina que afirma que «la plenitud de los tiempos se ha cumplido» o que «se aproxima la edad de oro», ni en aquella que se deja embrujar por la devoción a lo milagroso e irracional, amados y venerados por sí mismos, ni tampoco en la que se entrega al pietismo y juega con las afirmaciones más subjetivas, aventuradas e incontrolables, simplemente porque exaltan. En verdad, todas esas formas de «vivir religiosamente» estimulan el fervor, pero sólo simulan la fe.

Esa espera no es la del retorno glorioso de Cristo al que algunos cristianos pretenden aspirar sin preocuparse por comprender cómo vivió Jesús antaño ni esforzarse de ese modo en arraigar convenientemente en ellos mismos y en su propia existencia la oscura esperanza, combatida por todas las apariencias, pero sin embargo razonable, de su «resurrección», de la eternidad de aquello que, en su vida, habrán realizado en profundidad, en «espíritu y verdad», en el nivel de su humanidad.

Esa búsqueda no guarda ninguna relación directa con la que provocan las esperanzas terrenas, por más legítimas que sean. En ese sentido, tampoco, hace veinte siglos, ni la conciencia que el pueblo judío tenía de su elección divina ni las esperanzas político-religiosas de su Mesianismo ni las aspiraciones nacionalistas que como pueblo

sometido al yugo extranjero albergaba –pueblo adherido con orgullo a su historia como ningún otro– hicieron que los judíos –fuera de unos pocos– se acercasen lo bastante a la humanidad de Jesús como para reconocerle en su estatura sobrehumana.

Pero hay otra causa de la mediocridad que impide a muchos cristianos –incluso entre los practicantes– ser discípulos. Es una causa más secreta, que muchos rehusarían reconocer si aflorase a su conciencia. Se opondrían a ella con una convicción que tendría un vigor parecido al de un arranque sobresaltado de defensa personal, pues estarían en juego su certeza y su seguridad.

No es fácil, para un creyente que vive en el Mundo, ser primero y ante todo un hombre de su tiempo y no ser, por ello, imperceptiblemente, más «de este siglo» que «de Dios». Liberarse de lo que se piensa y se vive en el propio medio –cosa casi más difícil en régimen de cristiandad debido a la omnipresente y difusa sacralidad que se da en ella– es algo que se puede conseguir tan sólo al término de una larga y zigzagueante andadura, sembrada de retrocesos; camino recorrido no fuera del mundo sino, al contrario, a su servicio; servicio realista, sin demasiadas ilusiones, sin excesivas idolatrías...

Subyacente en muchos cristianos, en la sombra de su conciencia, en esa zona de la que espontáneamente se aparta la mirada, hay una parte sin convertir que la ferviente adhesión a las creencias no ha reducido y que la fe no puede hacer otra cosa que tolerar cuando aún no ha llegado –la fe– a ser todo en el hombre en su desnudez radical –la que impone la hora de la muerte–. Allí se camuflan el escepticismo y la incredulidad que, de vez en cuando, ascienden a la zona clara de la conciencia en la que rápidamente son reprimidos, pero no destruidos. ¡Cuántas veces, en horas dramáticas, lo inundan casi todo antes de ser vencidos y expulsados de nuevo, aunque sólo por un tiempo, porque desaparecen menos por el vigor de la fe que por el sobresalto propio de quien «salva la vida», asediado en sus últimas trincheras!

El cristianismo, ¿no será acaso una quimera más, alimentada por las divagaciones generosas y elocuentes del ser humano? ¿No será la Iglesia sólo un fenómeno sociológico en medio de tantos otros, tan importantes como ella o quizá más, particularmente entre las grandes religiones del mundo que aún tienen un gran poder, absolutamente distinto del de la Iglesia, sobre pueblos inmensos? Jesús, tal como se habla de él en las Escrituras, ¿ha existido sólo en la imaginación de quienes inconscientemente se sirvieron de él para engañarse a sí mismos y no encarar lo real, salvaje e inhumano, que es como es? ¿No será el ser humano sólo el resultado de un paciente azar y de una tenaz necesidad, un mero accidente sonoro en el silencio de la nada?

Por otra parte, ¿cómo convencerse, a pesar de una opinión generalmente difundida y fuertemente orquestada por los poderes de este Mundo, de que ninguna ideología, ninguna acción, aun tendiendo hacia una organización más justa de la sociedad, más respetuosa del ser humano, no puede, sola y por sí misma, dar un sentido a la vida? Sin embargo, ¿no es evidente que mientras no haya bastantes seres humanos que vivan suficientemente de Jesús como discípulos, toda ideología decepcionará como un espejismo y toda acción edificará su obra sobre arena? ¡Qué difícil es mantener una certeza así!

Hay que reconocer que esta manera de juzgar la vida, esta incredulidad respecto de la Ciencia, la Técnica y la Política, han de parecer necesariamente escandalosas a los que, extraños al cristianismo, sin confesárselo, han convertido en religión su creencia en el Progreso y en la Humanidad. Pero también para muchos cristianos, ese pesimismo y escepticismo de buena ley son fuente de escándalo. Es que esos cristianos se han contentado con fortificar su adhesión a la enseñanza de la Iglesia, incrustando incondicionalmente al cristianismo en las ideologías de la época, a las que se sienten mucho más vinculados que a la fe, a base de acomodar las bienaventuranzas evangélicas a las necesidades concretas de las luchas sociales y políticas que, en realidad, son lo que más les preocupa.

*Para convertirse en discípulo, hay que alcanzar
una vigorosa independencia*

Por todas estas razones, el camino cuya meta es convertirse en discípulo, aunque inicialmente facilitado por la adhesión a una cristología enseñada, supone una vigorosa independencia respecto de lo que se piensa, se dice y se hace comúnmente tanto en el mundo como entre los cristianos. ¿Sería posible una independencia semejante sin una aguda toma de conciencia de la seriedad y del frecuente dramatismo de la vida? Hay que sentirse responsable del propio destino frente y contra todo: a través de acontecimientos que resultarían radicalmente extraños si uno no se los apropiase creándoles un sentido, en medio y a pesar del ir y venir de las modas intelectuales, por no hablar del de las fantasías delirantes y de la zarabanda de pasiones amplificadas por el poder y la propaganda omnipresentes. Tarea imposible sin la ayuda del espíritu crítico, sólo alcanzable por la experiencia de una vida expuesta, vivida a la intemperie, tenaz, perseverante, desinteresada, ajena a todo compromiso, cueste lo que cueste... Por donde pasó el Maestro, ha de pasar también el discípulo... Uno no puede llegar a ser discípulo de Jesús sin enfrentarse con su propio medio, incluso aunque éste sea ya cristiano en cierto modo. De hecho, su medio sólo es cristiano mundanamente: es cristiano porque está instalado en una tradición que lo incluye de nombre pero nada más, se diga lo que se diga y se piense lo que se piense.

Esta independencia no es la de quien, intentando afirmarse a sí mismo ante sus propios ojos –porque para encontrarse no conoce otra forma de liberación– se enquistaba en una oposición sistemática a su medio, forma tan disfrazada como cándida de seguir dependiendo de él. Esta toma de conciencia tampoco debe nada, en lo esencial, a ninguna ideología, aun cuando inicialmente se haya servido de alguna para nacer. Además, es absolutamente distinta de una consecuencia derivada de la adhesión a una filosofía, aunque tal filosofía fuese de inspiración personalista.

Esta independencia y esta toma de conciencia pueden alcanzarse y conservarse sólo cuando el hombre, por una parte, tiene presente diariamente un pasado vivido noble y resueltamente y, por otra, cuando ha captado el sentido fundamental de su vida a través de los meandros y extravíos de su camino, de modo que sigue siendo digno de ese pasado, dando frutos larga y secretamente madurados...

Esta independencia y esta conciencia permiten y promueven, gracias a la autonomía que sólo ellas procuran, la espera y la búsqueda de lo esencial, ambas arraigadas en el ser. Sin esta espera y esta búsqueda, aunque se sea eminente exegeta y docto teólogo, el encuentro con Jesús, en el nivel del discipulado, es imposible.

Sin duda, estos especialistas pueden hablar de la presencia de Jesús en uno mismo, e incluso puede agradecerles insistir y disertar ampliamente sobre el tema. Sin embargo, con sus formulaciones, se quedan en el plano de la doctrina, en el que las palabras se benefician de un sentido claro y preciso que satisface al espíritu pero embauca al creyente. Sucede lo contrario cuando el discípulo se ve obligado a usar esas mismas formulaciones para expresar la presencia de la que vive. Siente confusamente que, con esas formulaciones, traiciona esa presencia: la encarece y sobreestima en demasía como suya por el encadenamiento de los análisis y la seducción de las imágenes. Después de haber hablado, le invade un secreto malestar: lo que acaba de decir no es del todo falso, aunque tampoco es verdadero; no es del todo irreal, aunque sea radicalmente inadecuado...

Ni esta independencia ni esta toma de conciencia se enseñan en los libros. No se aprenden en los pupitres de las Escuelas, aunque allí se aborden las ciencias humanas y se exalte la excelencia del pensamiento libre... Para descubrirlas en su originalidad, sana y creadora, quizá sea necesario el encuentro con un discípulo que se halle bastante adelante ya en su seguimiento de Jesús. Por su madurez, un hombre puede ayudar indirectamente a la maduración de otro, en la medida en que sean espiritualmente cercanos. Uno puede revelar al otro a sí mismo en la medida en que haya sido levantado hasta su

propia revelación. Lo hace sin pretenderlo y, a menudo, sin saberlo, sólo por lo que él es. Cuando esta maravillosa comunicación, fruto de una secreta armonía, es posible, desbarata obstáculos y distancias; fluye y se desliza por debajo de todo lo que une y de todo de lo que aparentemente opone, se sirve de lo uno y de lo otro. Por una especie de perspicacia que hace que se reconozcan sin haberse visto nunca, esos seres –uno y otro– se aproximan y se aportan –el uno al otro– mucho más de lo que pueden llegar a imaginarse y de lo que ninguno de ellos habría podido alcanzar por sí solo, mucho más de lo que ni siquiera hubieran podido desear de forma suficientemente real y estable.

Así se reconocieron y aproximaron Jesús y su primer grupo de amigos. Sucedió de una forma tan extraordinaria y poderosa, tan singular y única, que los discípulos acabaron adorando a quien al principio habían sólo venerado.

Una visión realista de la grave crisis actual de la Iglesia puede ayudar al cristiano a convertirse

Antes de verse acorralados por los acontecimientos dramáticos de la vida, pocos creyentes descubren la autonomía que aboca a la soledad, la única que posibilita una espera y una búsqueda que no sean sólo verbales –como suele proponer la moda intelectual de hoy en día– sino genuinas. Esa autonomía exige una vida espiritual adulta a la que nadie les preparó y a la que de ordinario no les conducen, como deberían, ni los acontecimientos más importantes de la vida –amor, paternidad, misión– ni la pertenencia a la clase social, a la nación y al mundo. La desgracia que aísla porque nadie puede participar realmente en ella y la situación que es preciso vivir en silencio para poder sobrellevarla digna y humanamente, cuando ni se evitan ni se sucumbe ante ellas, pueden ser ocasiones favorables de desprendimientos necesarios.

En nuestros días, para un cristiano de nacimiento, el estado en que yace la Iglesia, las miserias y desórdenes de toda clase que son su

consecuencia y que acentúan de rebote aún más la debilidad espiritual y la bancarrota de su misión, pueden ser una ocasión así. En la actualidad, un cristiano, cuando ama tan realmente a la Iglesia que, si desapareciera, toda su vida quedaría como desmantelada; cuando no cierra los ojos a la seriedad de la crisis actual, en la que parece que se concentran todos los extravíos y faltas del pasado hacia un desenlace inexorable; cuando constata con angustia tanto la esterilidad de la Autoridad, coronada de organizaciones y realizada por consideraciones generales, como su impotencia para desprenderse de sus formas profesoras y administrativas para ponerse de una vez al servicio del Mensaje; espontáneamente se ve conducido a entrar en el recogimiento y en la soledad, como si esta situación fuera para él una desgracia personal sin salida...

La actual hora de la verdad de la Iglesia lo es también para este tipo de cristiano. ¡Ojalá pueda este cristiano, impulsado por el acontecimiento e iluminado desde el interior, llegar a alcanzar la roca inquebrantable sobre la que, desde el principio, se edifica su vida cristiana y que, en nombre de su fe, nunca quiso mirar más que a través de algún filtro, porque, en verdad, era hombre de poca fe! Sus ojos, si no los cerrase por escrúpulo o por miedo, se abrirían entonces y su conversión andaría cerca, aunque tuviese que esperar y sufrir todavía por largo tiempo. Bajo la moción de Dios, en quien creyó desde tiempo atrás pero que, de ahora en adelante, se le hará más real, podrá construir su existencia de creyente y alcanzarse en la plenitud de su devenir como sólo lo puede hacer un discípulo de Jesús. De no ser así, ¿cómo podría ser piedra viva del edificio que desde hace siglos se construye –mal que bien y contra viento y marea– y al que ahora sacuden seísmos cuya magnitud y poder son geológicos?

La Iglesia, a pesar de tantos motivos y ocasiones de traicionar el mensaje de Jesús, si le ha permanecido fiel en lo esencial y si ha seguido siendo capaz de reencontrarlo –desprendiéndose de lo que antaño la seducía porque aparentemente facilitaba su tarea aunque de hecho se la ocultaba–, lo ha podido hacer gracias a la ininterrumpida sucesión, a través de los siglos, de discípulos, desdichada-

mente escasos, que, como los de los orígenes, encuentran a Jesús en su camino, lo acogen y lo reconocen. Como de los primeros discípulos, también de éstos puede decirse que, en su tiempo, fundan la Iglesia: porque se trata de una realidad viviente que constantemente ha de ser recreada y hasta creada para que exista según el espíritu de Jesús y de Dios. La mutación que la Iglesia requiere no pide menos a los cristianos de hoy.